

PRIMERA PARTE



EDDINN

*¿SOBREVIVIRÁS A UNA
NUEVA PLAGA?*

J. SHARPE

Edén - Primera parte

J. Sharpe

Traducido por María Paula Estévez

“Edén - Primera parte”

Escrito por J. Sharpe

Copyright © 2018 J. Sharpe

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por María Paula Estévez

Diseño de portada © 2018 Marijke van Leeuwen

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Edén - Primera parte](#)

[Prefacio](#)

[Primera parte | Castigo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10 | 2009](#)

[11](#)

[12 | 2017](#)

[13](#)

14

15

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?

A Marijke, como siempre.

Prefacio

Soy tanto creyente como no creyente; diría que soy del tipo de persona que piensa que “hay que ver para creer”; del tipo que pone todo el asunto de la fe en una perspectiva más bien extraña, en mi opinión. A veces envidio a las personas que son realmente creyentes, porque creo que tener una creencia firme en algo es lo único que puede brindar paz a tu alma. La mayoría de los padres nos crían bajo ciertas creencias religiosas, o, a veces, las personas cambian de parecer sobre lo divino a medida que pasa la vida. Cualquiera sea el caso, espero que haya algo allá arriba. Nadie quiere vivir solo una vida, pero eso lo voy a saber recién cuando me encuentre con Él.

También soy de la opinión de que deberíamos leer libros por placer, y por esa razón les advierto de entrada: mi historia no intenta derribar creencias establecidas ni vacas sagradas, pero algunas escenas podrían ser consideradas ofensivas por algunos lectores, especialmente por aquellos que son creyentes. Si crees que este puede ser tu caso, tal vez deberías dejar el libro ahora.

Si crees que no es tu caso, deseo que tu experiencia de lectura sea agradable.

Primera parte
Castigo

1

Desperté en una habitación oscura y maloliente.

Todavía medio dormida, miré el piso. Me caía baba por la barbilla y se estampaba en mi pierna desnuda. El hecho de que mi pierna estuviera desnuda fue algo que entendí luego de unos segundos. Lo cual no era sorprendente: parecía que tenía una manada de elefantes jugando al baile de la silla dentro de mi cerebro. Todo me daba vueltas, y con cada latido del corazón, mi cabeza parecía a punto de estallar. Veía todo como envuelto en una nebulosa. Una corriente de aire frío me envolvía como una frazada de hielo, congelándome hasta el alma. El cuerpo me temblaba de manera descontrolada. Mis pies, que parecían estar pegados al piso helado de concreto, estaban entumecidos, y mis pezones hubieran servido como perchas para colgar ropa. La luz intermitente no ayudaba mucho que digamos. Se enciende. Se apaga.

Luz. Oscuridad... me estaba volviendo loca. En resumen:

Esto no era lo que yo llamaría un despertar glorioso.

¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

Gemí. Sin pensarlo, intenté llevar una mano hacia mi cabeza, que palpitaba sin cesar, pero no llegué muy lejos. Una punzada de dolor en las muñecas envió una oleada de adrenalina por todo mi cuerpo, disolviendo la nebulosa y volviéndome más alerta. El dolor palpitante pasó a un segundo plano, y los elefantes se convirtieron en ratones. Bajo el resplandor de la luz fluorescente, que desafiaba la oscuridad con cada parpadeo, vi que mis brazos estaban atados por detrás de mí, contra una silla. No solo lo vi; lo *sentí*. Una sogá gruesa en forma de “x” atravesaba mi cuerpo desde los hombros hasta la cadera; estaba atada a la misma silla y me cortaba la piel cada vez que me movía.

Todavía no estaba lista para enfrentar la realidad; intenté liberarme, pero no tuve éxito, por supuesto.

¿Qué mierda es esto?

El corazón me latía como loco. La temperatura era baja, no obstante, yo sudaba como un cerdo. Lo intenté una vez más, con todas mis fuerzas, y una vez más, no tuve éxito, pero no me iba a dar por vencida. Un dolor agudo me atravesó. Mi enojo hizo que el dolor pasara a un segundo plano. Tirando de la sogá, me puse de pie, o, al menos, intenté dar la orden a mis extremidades

para que hicieran eso. Gran error. Mis piernas también estaban atadas a la silla, y cuando intenté liberarlas y ponerme de pie, perdí el equilibrio. La silla empezó a inclinarse a un costado, con las dos patas de la izquierda en el aire, y caí al piso con estrépito.

De inmediato, los elefantes estaban de vuelta y vi las estrellas.

Luché para volver a sentarme, pero luego de unos segundos estaba sin aliento; me quedé de costado, en el piso, maldiciendo mi estupidez.

Todo este tiempo me las había arreglado para impedir que me dominara el pánico, más o menos. Alguna vez leí que solo puedes pensar con claridad si reprimes el pánico, y eso podría ser la diferencia entre la vida y la muerte. Hay una delgada línea entre las dos, apenas unos segundos, y lo sé por experiencia. Pero la caída me hizo perder ese control. El cuerpo se me sacudía.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! —mis gritos rebotaban en las paredes revocadas de la habitación vacía.

Entonces, la vi.

Desnuda, igual que yo. Piernas largas, vientre desnudo, pechos grandes. Ella estaba en el lado opuesto de la habitación, sentada en una silla, pero no estaba atada. Respiré con dificultad; quería pedirle que me ayudara, pero no pude articular palabra. El silencio que siguió fue ensordecedor. No sé qué me asustaba más, si el silencio o la mujer.

Si lo vuelvo a pensar, sé la respuesta: la mujer era mucho más atemorizante, sin duda.

Su cabello, castaño y largo, estaba todo enredado y sucio. Sus ojos, de color ámbar, estaban llenos de tristeza. Y cómo supe que esa persona era *yo*, todavía no lo sé. Solo lo supe. Los ojos tal vez me engañaran, pero *lo sentí*, muy profundo, en mi interior.

—¿Cómo...? —me oí balbucear a mí misma. La luz fluorescente, enciende, apaga. Luz. Oscuridad.

La mujer no respondió. ¿Era una lágrima eso que le rodaba por la mejilla?

—¿Qué mierda es esto? —grité.

Silencio.

El brazo izquierdo de la mujer comenzó a moverse. Por la maldita luz parpadeante, y además porque todavía yo yacía de costado, la imagen de la mujer moviéndose se veía como algo muy siniestro, como un tartamudo en una película muda. Un revólver en su mano. Primer cuadro: el arma cerca de

su cadera. Oscuridad. Segundo cuadro: el arma cerca de su cintura; los ojos llenos de lágrimas. Oscuridad. Tercer cuadro: el arma contra el cuello; su boca ligeramente abierta, la cabeza temblando, como dudando, diciendo no, lágrimas. Oscuridad, Cuarto cuadro: el arma contra la sien.

Por Dios, no.

—¡Espera!

Un estallido tan fuerte que sentí que se me rompían los tímpanos, y el sonido del arma cayendo al suelo quedó en un segundo plano.

La luz fluorescente. Enciende. Apaga. Luz. Oscuridad.

En el resplandor, vi su cuerpo, *mi cuerpo*, que yacía inerte en el piso. La sangre corrió hacia mí como un arroyito serpenteante.

Grité.

¿Cuáles son tus opciones cuando estás atada a una silla, en el suelo, en algún agujero oscuro? Correcto: no tienes ninguna.

Me llevó un buen rato calmarme un poco. Tan calma como lo estaría cualquier mujer desnuda y atada que acaba de presenciar, bien de cerca, a su doble suicidándose con una bala en el cerebro.

Cierra los ojos. Respira profundo. No mires el cadáver.

Eso ayudó, un poquito. Pero no estaba segura de que la oscuridad fuera mejor.

De la manera más controlada que pude lograr, inhalé el aire maloliente. Un sentimiento escalofriante me invadió y empeoró cuando empecé a considerar lo que usualmente le pasa al cuerpo de una persona una vez que muere.

Rigidez cadavérica, descomposición, gusanos...

No pienses en eso, me decía a mí misma. *Para entonces ya habrás estado muerta hace rato.*

Dios, realmente esperaba estar en lo cierto al respecto.

¿Cuánto hacía que estaba allí en el piso, con los ojos cerrados y controlando mi respiración con el mayor cuidado posible?

¿Segundos? ¿Minutos? ¿Horas? Parecía que me pasaba toda una vida.

Esto es todo un chiste, una pesadilla. Una vez que abras los ojos a la realidad, el cadáver no estará y te verás haciendo cucharita con Mark en tu propia cama.

Abrí los ojos.

La luz fluorescente. Enciende. Apaga. Luz. Oscuridad.

Mi voz interior era una mentirosa.

Unos ojos bien abiertos, desalmados, me estaba observando, en apariencia me estaban observando. Lo cual no tenía sentido, por supuesto. Por otro lado, tampoco tenía sentido despertarse atada a una silla, enfrentada a alguien que se veía igual que yo y con deseos de matarse. Porque eso es lo que había sido, ¿no? ¿Alguien que solo se *parecía* a mí? Obviamente yo era una sola. No me habían clonado, y, hasta donde yo sabía, no tenía una hermana gemela. Tal vez tenía que interrogar a mis padres al respecto, si es que alguna vez salía de esta situación bizarra. No sería el primer secreto guardado por parte de mi papá.

Pero claro que no eres esa mujer. El solo pensarlo es ridículo. Es nada más que ella se parece a ti.

Por supuesto. Claro que era una coincidencia. Todo era un montón de bosta. ¿Qué *mierda* estaba pasando?

Recorrí la habitación con los ojos. Esperaba encontrar cámaras montadas en las paredes.

Porque tenía que ser eso, razoné. *Un gran chiste de mierda. Bien, ja, ja, ja. Nos morimos todos de risa. Ya está. Ahora, ¿podría venir alguien a sacarme de este lío?*

Sabía que no tenía ningún sentido mentirme a mí misma.

Está bien, piensa. ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Qué es lo último que recuerdas?

Era una pregunta bastante simple. Aun así, la respuesta me vino en fragmentos. No es que no pudiera recordar, claro que podía, pero era como mirar un rollo de película que parpadea, como si mi mente fuera influenciada por la luz oscilante.

Mark empujándome apasionadamente contra la pared. Sus manos acariciando mi cabello. Sus labios en los míos. El estremecimiento que me envolvió en cuanto él presionó su cuerpo contra el mío. En ese último recuerdo, hicimos el amor, pero algo no estaba bien en esa imagen. Estábamos llorando. ¿Por qué diablos estábamos llorando?

Me rompí los sesos buscando una respuesta. El frío que me envolvía no era de mucha ayuda. El cuerpo me temblaba tan violentamente que casi empecé a pensar que era el piso el que temblaba, no yo.

“...siento tanto. Hemos detectado una metástasis del primer carcinoma...”

La voz de Mark, susurrando desalentado: *“¿Cuánto tiempo para que ella...?”*

La voz del médico, calma, clínica: “*Es difícil decirlo. Meses, tal vez un año*”.

Dios, cómo deseé saltar de la silla y golpearlo en la cara. No había emoción alguna en su voz. Ese tipo de poca monta me estaba diciendo que mi vida se terminaba como si estuviera charlando de cualquier cosa con su suegra. Pero la realidad era que, de alguna manera, tenía sentido. Ese era su trabajo. El hombre tendría ese tipo de conversaciones a diario. ¿No levantaríamos todos nuestro escudo emocional en ese caso? No había que perder la cabeza. Pero, mierda, estábamos hablando de *mi vida*. Yo era especial, ¿no?

Era extraño. Ese sentimiento que la mayoría de nosotros parece tener: que somos diferentes. Incluso inmortales. Sabemos que la muerte nos está esperando, pero solo cuando estás ahí te das cuenta de lo frágil que es la vida.

Darme cuenta de que todavía estoy caminando por esta tierra y tener la capacidad de escribir todo esto mientras él, junto con millones de otras personas, dio su último respiro mucho tiempo atrás... es casi cómico de una manera siniestra.

En mi memoria, no me podía mover mientras estaba sentada frente al médico. Sus palabras me llovían como los golpes de una maza. La mano de Mark sobre la mía. Casi me tuvo que cargar para salir del hospital.

No le conté a mi familia. *No pude* contarles. Eso lo haría después, razoné, una vez que pudiéramos asimilarlo nosotros. Hacer las paces con eso de la mejor manera posible. Pero si realmente lo hice o no, no podía recordarlo. Las imágenes mentales no llegaban tan lejos. Tampoco me acordaba de nada que pudiera explicar mi presencia desnuda en esta habitación. ¿Me habían secuestrado? Y si fuera así, ¿por qué?

Sacudí la cabeza. Eso no importaba ahora. Tenía que encontrar una manera de salir de aquí.

Piensa.

Lo intenté. Realmente lo intenté. Y traté de soltarme tantas veces que la piel bajo las sogas se llenó de llagas con tantos intentos.

Bueno, admítelo, querida. No saldrás de esta sin ayuda.

Entonces, hice la única cosa que me quedaba en este punto.

Grité pidiendo ayuda.

2

Durante las primeras horas todavía tenía la vana esperanza de que alguien me oyera y viniera corriendo a ayudarme. Es decir, si es que había sido secuestrada, lo cual parecía probable a pesar de que no tenía la menor idea de por qué; en ese caso, alguien sabía que yo estaba aquí. Obviamente, alguien me tenía que haber atado a la silla. Y tenía que haber una razón.

¿Tenía enemigos? Sí, tal vez los colombianos, que estaban intentando llegar a mi padre lastimándome a mí. Pero ¿no era esto un poco descabellado para ser un simple acto de revancha?

La respuesta vino a mí de inmediato: *No, no lo era. Ellos eran muy capaces de hacer esto.*

Pero a lo mejor no tenía nada que ver con esos tipos y, simplemente, yo había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Además, si mis secuestradores querían dinero, se encontrarían con una sorpresa desagradable. Mis padres no eran exactamente pobres, pero tampoco eran ricos como los Hilton. Al menos, ya no, desde que habíamos sido forzados a vivir una vida diferente, siete años atrás.

Ahora, yo había dejado de gritar. Ya no tenía más fuerza. Y tampoco tenía la capacidad de aguantarme el pis por más tiempo. Durante unos minutos, realmente lo intenté, pero la transpiración me empezó a correr por la sien y mi vejiga se sentía hinchada como un globo. Al final, con las mejillas ruborizadas, a pesar de que nadie me veía, no pude contenerme más. La orina se sintió cálida corriendo por mis piernas desnudas.

Mi garganta parecía una lija. Tragar era una tortura espantosa. El estómago me hacía ruido y se me contraía de dolor. Había estado aquí por Dios sabe cuánto tiempo. Si no me daban pronto algo de comer, me desmayaría. Ni hablar de un poco de agua.

Como era estudiante recién graduada de la carrera de Medicina, sabía que podía sobrevivir con la reserva de grasa por bastante tiempo antes de que el cuerpo empiece a consumirse a sí mismo. Sin embargo, veía dos posibles problemas en mi caso. Primero, pesaba apenas un poco más de sesenta kilos, por lo cual no tenía mucha reserva de grasa. Segundo, el frío extremo puede acortar de manera dramática el tiempo de supervivencia. Algo positivo: no tendría que preocuparme por morirme de hambre en lo absoluto. Ningún ser humano podría sobrevivir sin agua por más de tres o cuatro días, así que

sucumbiría a los efectos de la deshidratación mucho antes.

Pero seguro que no iba a llegar a eso, ¿no? Seguro que *alguien* me encontraría antes de que eso pasara, ¿no? Sin dudas, me estaban buscando. Podría estar muriendo, pero no me habían olvidado, ¿no?

El olor que había en la habitación me daba arcadas de tanto en tanto, a pesar de que, por extraño que parezca, me estaba acostumbrando a eso. El olor a moho de antes no era nada comparado con el hedor de mi propia orina. Y si no me encontraban pronto, la fetidez de mi cuerpo en descomposición sumaría otro puntito a mi miseria.

Un escalofrío me corrió por la espalda. Me sentía sucia. Aquí estaba, atada a una silla, sobre un suelo de concreto, en un charco de orina. No iba a durar mucho más.

Mi mirada se dirigió al cuerpo sin vida, una vez más.

La luz fluorescente. Enciende. Apaga. Luz. Oscuridad.

—¿Quién eras tú? —susurré. Cada tanto, hablaba en voz alta. El sonido de mi voz me hacía sentir menos sola, a pesar de que perdería esa batalla a largo plazo. De golpe, dejé de hablar. Hablar me hacía doler demasiado la garganta.

La mujer no reaccionaba; por supuesto que no lo hacía. Si me llegaba a guiñar un ojo ahora, me daría un ataque cardíaco súbito.

¿Por qué se había matado? ¿Era su propia elección o alguien la había forzado a hacerlo?

Tantas preguntas y tan pocas respuestas.

¿Por qué me hiciste esto? Me podrías haber ayudado, soldado.

La furia me hacía hervir las venas. Eso era bueno. Alejaba el frío, al menos, temporalmente.

¿Y a dónde te llevó eso, eh? Estás muerta. ¿Qué mierda es la muerte para alguien?

Un nuevo pensamiento me vino a la mente: *¿Y si fue esa mujer la que me ató a la silla?*

Una sola palabra me barboteaba en la garganta, tenía que salir. Apreté los puños y grité lo más fuerte que pude, sin hacer caso al dolor que sentía en la garganta: —¡Perra!

La verdad, no debí hacerlo. Esa palabra no era lo único que salió. También bilis y baba. El estómago se me contrajo, sentí arcadas y sentí que me subía un vómito con esa sustancia ardiente.

Este era el principio del fin, me di cuenta. Lo próximo sería el shock,

pero no tenía manera de detenerlo.

Vomitó...

... y perdí la conciencia.

3

Me desperté de repente. Voces en la oscuridad. Bien lejos. Risas. Se iban acercando.

—¿... seguro que nadie nos encontrará aquí? —Una joven, entre risitas.

—Este edificio ha estado abandonado durante años —un jovencito—. Y, aun así, si hubiera alguien aquí... ¿no lo hace más excitante?

Un estruendo. Un grito agudo de placer.

He esperado esto durante tanto tiempo —el joven.

—Sh, sh. Bésame.

Yo quería gritar y golpear el piso con los puños, pero no tenía ni una pizca de energía en el cuerpo. Estaba entre esa línea delgada que separa la vida de la muerte. Sabía que la falla de los órganos era inminente, porque no podía respirar bien y el estómago me dolía como el demonio. Tal vez era mejor que sucediera de esta manera. Yo era una paciente terminal. Aunque alguien me encontrara y me trataran y me devolvieran la salud, esa salud sería solo relativa. Me quedaban unos pocos meses de vida. Meses de deterioro gradual hasta llegar a la muerte en alguna cama de hospital. ¿No era mejor partir así?

Entiéndelo de una vez.

Abrí los ojos. Despacio, como si mis pestañas estuvieran pegadas con goma. La luz fluorescente por fin había dejado de titilar, gracias a Dios, y en la oscuridad, ya no podía ver el cuerpo.

Ahí terminaba la lógica. ¿Por qué no podía oler la descomposición del cadáver? ¿No había pasado tiempo suficiente para que se empezara a sentir el olor? ¿No había empezado la putrefacción? Imposible.

Tu nariz se ha acostumbrado al olor.

No, no era el caso. Algo más estaba sucediendo...

La risa se esfumó. El sonido de pasos que se alejan. El sonido de mi última esperanza de que me encuentren y me saquen de aquí.

Entiéndelo de una vez, me dije de nuevo a mí misma.

La muerte no iba a venir.

Mis ojos se cerraron y me sumergí en un estado de seminconsciencia. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? ¿Segundos, minutos, horas?

Una puerta —¿qué puerta? ¿Por qué no había visto ninguna puerta? — se abrió y arrojó una manta de luz sobre mí.

Risitas. —Tal vez esto es más apropiado... —la joven.

—¿Qué vamos a...?

—¡Por Dios!

Gritos de terror.

Pasos corriendo hacia mí. Manos tibias sobre mi piel, un dedo sobre mi yugular.

—¿Está...?

—Todavía no. Llama al 911.

—¿Quién sería capaz de hacer algo así?

—¡Iris...!

—Sí, sí, estoy llamando ya mismo.

Vagamente registré que la joven se alejaba. Aunque sabía que ella debía estar cerca, sentía como si ella estuviera en un universo paralelo. Entonces, oí su voz. En pánico. Alarmada: —... una muchacha. Desnuda. Atada. Por favor, vengan rápido.

—Vas a estar bien —esta vez, la voz estaba más cerca.

Dudaba de que él estuviera en lo cierto.

—¿Cómo te llamas?

—Meisner —me las arreglé para articular eso, sorprendiéndome de mí misma porque era capaz de perpetuar la mentira en la que había vivido durante siete años, incluso en estas circunstancias— Anna.

Una mano me apretó el hombro con suavidad y me sacudió para despertarme. —Los paramédicos están en camino.

A pesar de que antes había tratado de convencerme de lo contrario, todavía estaba agradecida de que me habían encontrado. No quería morir así. Intenté darle las gracias al muchacho y abrazar a ese completo extraño para llorar un rato largo. Pero todo lo que pude hacer fue farfullar.

—Guarda tu energía.

Intenté ver cómo era, pero para mí él apenas era una imagen borrosa.

Lo que sucedió después no está tan claro en mi memoria. Creo que me desmayé, para despertarme momentáneamente unos minutos u horas más tarde y volver a caer en ese estado de inconsciencia una vez más. Era un círculo vicioso del que parecía incapacitada para salir.

Sí recuerdo algunas cosas, como el sonido de las sirenas y la lluvia golpeando en mi cara. El cielo gris mientras me llevaban en una camilla hasta la ambulancia. Vagamente recuerdo que abrí la boca para atrapar unas pocas gotas de lluvia.

La siguiente cosa que recuerdo: me desperté en la cama de un hospital. Cables y tubos entraban y salían de mi piel, conectándome a varias máquinas. Un monitor cardíaco informaba de mis latidos con un ruidito irritante. Figuras a mi alrededor. Mi visión todavía estaba fuera de foco, y solo veía figuras borrosas. Deduje que esas figuras borrosas eran médicos.

Había voces a mi alrededor, incluso en los momentos en que perdía la batalla y no podía permanecer despierta. A veces, eran aterradoras; otras, reconfortantes. Tenía que confiar en esas voces. ¿Qué otras opciones tenía?

Así fue como permanecí en un sueño profundo parcialmente por días, hasta que alguien me despertó y vi al hombre a los pies de la cama. En ese momento, mi mundo estaba a punto de cambiar nuevamente, y se convertiría en una montaña rusa morbosa.

4

Oí las voces antes de ver a las personas que rodeaban mi cama.

—Todavía está débil. Le pueden hacer algunas preguntas, pero que sea breve.

—¿Han encontrado algo más sobre su condición?

—No, todavía estamos esperando los exámenes finales. Pero lo que hemos encontrado hasta ahora nos tiene desconcertados.

—¿Podría explicarse?

—No, no podemos. Es como un milagro. Si es que ella es realmente *esa* Anna...

—No creo en milagros.

Alguien me sacudió gentilmente por el hombro. —¿Señorita Meisner?

Despacito, abrí los ojos, mirando a mi alrededor, aturdida. Sentía ese tipo de cansancio extremo que uno siente cuando se ha dormido demasiado; semanas, a mi parecer. Mi visión había vuelto a la normalidad y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, sentí que ganaría la batalla contra mis párpados caídos.

Desde mi posición en la cama, podía mirar hacia afuera por la ventana que estaba a mi izquierda. Nubes esponjosas flotaban en un lienzo azul. Rayos de sol atravesaban el cristal y acariciaban el acolchado que me cubría.

—¿Señorita Meisner? —otra vez la voz de la mujer—. ¿Anna?

Me volví. Aparte del goteo intravenoso a mi derecha, una silla en el rincón y las dos personas junto a mi cama no había nada más en la habitación. Bajo las mantas, mi cuerpo también estaba empezando a despertar. Sin que yo mandara la orden conscientemente, mis dedos se contrajeron. Tocaron mi cuerpo y me di cuenta de que por fin ya no estaba más desnuda. Tenía puesto un camisón.

Una mujer vestida de médico me miró de manera inquisidora. Era una mujer muy delgada, con las mejillas hundidas y cabello rojo oscuro. Me sonrió, pero era obvio que era un gesto forzado.

Un estremecimiento me recorrió la espalda. ¿Qué me pasaba? Me sentía bien, curada y hasta limpia. Mi estómago había dejado de hacer ruido, y mis labios ya no estaban paspados. Entonces, ¿por qué estaba esta mujer mirándome como si algo en mí estuviera muy mal?

—¿Cómo se siente?

Me encogí de hombros e intenté sentarme.

—Espere —la médica me ayudó a sentarme derecha y me puso una almohada detrás de la espalda. Por un segundo, el mundo giró a mi alrededor, pero pronto se detuvo.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

La doctora tiró un poquito de las mantas. —Ha estado en el Hospital Moreno hace dos días. ¿Puede recordar lo que le sucedió?

Asentí. —Me desperté, estaba atada a una silla. Una mujer estaba sentada frente a mí. Se parecía a mí, era yo. Se pegó un tiro en la cabeza... — las palabras me salieron como entrecortadas. Sentía la lengua como si fuera un trozo grueso de cuero.

El hombre a los pies de la cama me interrumpió. —Un momento... ¿una mujer? ¿Se pegó un tiro en la cabeza?

Lo observé. Estaba vestido con una chaqueta de cuero negra y jeans. Con los puños de cordero, una cabeza casi cuadrada y una barba candado típica, parecía un muñeco de Lego mal hecho. Su placa relucía en el cinturón.

La doctora me tomó de la mano y me la acarició apenas. —Anna, este es el inspector en jefe Rogers. Tiene que hacerte unas preguntas...

—¿Me puede decir algo más sobre esa mujer? —el inspector de policía caminó hasta el otro lado de la cama, mirándome fijo a los ojos.

Me toqué la frente, como si eso fuera a ayudarme a alejar el dolor de cabeza que sentía que se estaba avecinando. —¿Qué más quiere que le diga? Encontraron su cuerpo, ¿no? Ella estaba en la misma habitación en la que me tenían a mí —le lancé una mirada inquisidora a la médica—. ¿En dónde estaba esa habitación?

—Dentro de un edificio abandonado en las afueras de la ciudad. Estaba en la lista de demolición, pero... —miró al inspector con mirada interrogadora. Él asintió y volvió a tomar la palabra.

—Señora, aparte de usted, no había nadie más en la habitación. —El tono de su voz implicaba algo. ¿No me creía?

En shock, me volví para mirarlo. —¿Qué...?

—Cálmate, Anna —la médica me apoyó la mano en el brazo—. Has pasado por una experiencia muy fuerte.

La rechacé. —¿Qué se supone que quiere decir eso? ¿Qué lo inventé?

—No, pero, cuando te encontramos, estabas física y mentalmente en condiciones terribles. Tal vez alucinaste la existencia de esa mujer.

—En otras palabras, lo inventé. ¡Eso es ridículo! —grité—. Ella era

igualita a mí. ¡Era real!

—Anna, podría contarnos, con sus propias palabras, lo que sucedió en su opinión? —preguntó el inspector en jefe Rogers.

Suspiré. La cabeza me estaba a punto de estallar. —¿Tiene que ser ahora?

—Revivir esas experiencias una vez más puede ser demasiado angustiante para ella en este momento —protestó la médica—. No sé si...

—Revivirlo podría ser angustiante por bastante tiempo —reaccionó el inspector, con tono seco—. Hay una investigación en curso, así que...

Levanté una mano. —Está bien, está bien. —Hubiera preferido que me dejaran sola, pero era evidente que el inspector solo se iría luego de que yo le contara mi historia. *Que sea rápido, entonces*—. ¿Qué quiere que le diga? Me desperté en esa habitación, atada a una silla, con una mujer frente a mí.

Rogers tomó un anotador y un bolígrafo y empezó a escribir. —¿Cómo era ella?

—Le acabo de decir; como yo. Como si me hubiera estado mirando en un espejo.

—¿No podría haber sido un espejo? —sugirió la médica, mirando al inspector—. Es decir, un espejo.

Rogers sacudió la cabeza. —Lo único que había en esa habitación era la silla a la que la tenían atada —volvió a posar sus ojos sobre mí—. ¿Y qué más?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo terminó en ese lugar? —lo dijo sin ninguna emoción. O tal vez era lo que a mí me parecía. No podía ser tan imbécil, por favor.

—¿Te acuerdas de quién te ató en ese lugar, querida? —La voz de la doctora sonaba comprensiva y compasiva a la vez.

El inspector suspiró irritado. —Señora, ¿la paciente requiere atención médica inmediata?

¿La paciente? ¿En serio? Sí, había acertado con mi primera corazonada: el tipo era un idiota, sin emoción alguna.

—No, pero...

—En ese caso, ¿sería tan amable de dejarnos a solas por unos minutos?

La médica lo miró, furiosa. —No me voy a ninguna parte. No sin antes decirle a ella...

—¿Podría ser tan amable, al menos, de dejar de interferir?

—Solo trataba de ayudar. —La médica sacudió la cabeza y caminó junto

a la cama hasta ubicarse cerca de la ventana, con los brazos cruzados. La oí murmurar “idiota”, bien bajito.

—¿Señora? —Rogers me clavó los ojos.

—¿Qué? —Ya no quería seguir con esto. Me quería ir a casa y olvidarme de todo. Y, por cierto, *no* quería contestar más preguntas de este hombre testarudo. Nunca en mi vida había deseado tanto volver a ver a Mark como ahora.

A modo de respuesta, el estúpido decidió dedicarse a una especie de concurso de miradas, todavía con el anotador y el bolígrafo en mano.

—No, no recuerdo cómo terminé ahí —dije con brusquedad—. Y le aclaro que eso era lo único que quería saber mientras estaba allí, en el piso. Ahora, ¿me podría dejar en paz?

—¿Qué es lo último que recuerda?

—Estaba en casa, en los brazos de mi novio.

—¿Novio?

Asentí. —Mark.

Por el rabillo del ojo, vi que la médica intentaba hacer contacto visual con el inspector, que por un momento le concedió el favor y luego volvió a centrar su atención en mí.

—¿Y cuándo fue eso?

—¿Qué cuándo estaba en casa?

Rogers asintió.

—No tengo idea. No sé cuánto tiempo me tuvieron en esa habitación. Supongo que fueron días —miré a la médica en busca de confirmación, y ella asintió, pero con cierta sorpresa en los ojos—. Entonces, supongo que hace unos pocos días, ¿no?

Eso pareció ser la gota que rebalsó el vaso. La doctora intentó ayudarme: —Anna, ¿me puedes decir qué día es hoy?

—Señora... —Rogers le hizo una advertencia.

—Al diablo con usted, inspector. Venga más tarde con su ronda de Veinte Preguntas. Parece que ella está mucho peor de lo que imaginamos —ella buscó mi mirada y forzó otra sonrisa. Por Dios, esa mujer se merecía el premio a la peor actuación—. Anna, ¿qué día es hoy? —repitió.

—¿Qué tipo de pregunta es esa...?

—Anna, por favor.

Los puños se me cerraron por su propia voluntad, y sentí que la furia me corría por las venas. —¿Qué diablos importa? Estoy harta de esta mierda. Es

obvio que no me dicen lo que realmente está pasando. Así que, por favor, escupan de una vez. Yo...

—La fecha, señora —insistió Rogers.

—Usted sí que no sabe cuándo detenerse, ¿no? —sacudí la cabeza—. Es algún día de fines de abril. Perdón por no poder precisar el día exacto. Eso es lo que sucede con tu memoria cuando estás encerrada durante días en una habitación lúgubre. Estremece, ¿no?

—¿Y el año? —preguntó la médica.

—¿Año?

Rogers suspiró. —En qué año estamos.

—Dos mil quince, por supuesto.

De nuevo, un contacto visual furtivo entre la médica y el inspector. Un intercambio de miradas que me puso los pelos de punta y barrió cualquier resto de certeza que me quedaba.

De repente, mi voz sonó apenas más fuerte que un susurro. —¿No es así?

La médica tomó mi mano y la apretó con suavidad. —Anna, estamos en 2017.

Con los ojos como platos, mi mirada zigzagueaba de ella al inspector, en busca de una señal de que se trataba de un chiste, o una mentira. Pero no vi nada de eso. Nada de nada. —Eso es ridículo.

Rogers dejó el anotador y el bolígrafo y extrajo un teléfono móvil del bolsillo. —Lea las últimas noticias, querida. Está todo online. —Se dirigió a la médica—: Creo que tal vez usted tenga razón.

Su voz sonaba como un murmullo en el fondo. Mis dedos volaban por las teclas del teléfono mientras mis ojos devoraban los titulares. Estaba decidida a probarles que estaban equivocados. Pero todo parecía corroborar su historia. —No entiendo.

—Para ser franca —interrumpió la médica—, nosotros tampoco, Anna. Eres un milagro médico.

—¿Un qué?

—Una vez que supimos tu nombre, fuimos a buscar tu historia clínica. ¿Recuerdas que estabas muy enferma?

—¿Se refiere al cáncer? ¿Cómo olvidarlo?

—Sí, el cáncer. ¿Cuánto tiempo te quedaba de vida, según los médicos?

—Seguro que usted sabe la respuesta tan bien como yo, doctora. Tiene que estar en mis archivos.

—Me gustaría que tú me lo dijeras.

Suspiré. —A lo sumo un año, con suerte.

La doctora suspiró. —No solo ya pasaron dos años; no podemos detectar una sola célula cancerosa en tu sistema.

Me senté y apoyé la espalda contra la almohada. —¿Perdón?

La doctora asintió. —¿Te das cuenta de por qué hablé de un milagro médico?

Esa mirada en sus ojos; no era un chiste. Era verdad.

Me empezó a temblar el cuerpo, sin control. Sentía frío y calor. —No entiendo —empecé a tartamudear—. Por favor, dígame qué diablos me está pasando.

—Esa es la pregunta del millón de dólares —dijo la médica, como disculpándose—. No lo sabemos. No podemos explicarlo desde el punto de vista médico, ni tampoco...

—¿Ni tampoco qué?

Rogers tomó la palabra. —Esperábamos que usted nos diera alguna respuesta, señorita Meisner. Si es que ese es su verdadero nombre.

Lo miré sorprendida. *¿Podría saberlo él?* Pero no, era imposible. Este tipo no era más que un inspector local. El secreto que guardábamos con mi familia solo era conocido por las autoridades nacionales de más alto rango. Nos habían entrenado para no hablar de nuestra vida pasada. Jamás usar nuestros nombres verdaderos, ni siquiera entre nosotros. Nunca se sabía quién podía estar escuchando. Después de todos estos años me había acostumbrado tanto a mi actuación que hasta me llamaba a mí misma con mi nuevo nombre en mi mente. Lo hacía a propósito, para que no se me escapara.

Sigue actuando, Anna, pensé. —¿Por qué yo no...?

—Hace dos años, Anna Meisner era una paciente terminal —me interrumpió el hombre, cortante—. Con apenas unos meses de vida.

—Sé perfectamente bien en qué estado estoy, inspector —siseé.

—Y ella ha estado desaparecida en los dos últimos años.

—¿Desaparecida?

Bien. No la vi venir.

Rogers asintió. —De la noche a la mañana. Desapareció de la faz de la tierra.

—Pero, eso es imposible —me sentía atontada. El dolor de cabeza se hizo sentir otra vez—. Hace un par de días, yo estaba con Mark. Pregúntele.

Él... —me quedé callada y miré alrededor de la habitación. No había flores, ni tarjetas ni una sola señal de Mark ni de nadie que supiera que yo estaba en el hospital—. ¿Dónde está? —susurré—. ¿Dónde está Mark?

Los dos se miraron. Por fin, la médica habló. —Anna, hubo un accidente automovilístico. Según los testigos, Mark Smith y tú iban hacia su casa después de una fiesta de cumpleaños. Su automóvil chocó contra otro. Se encontraron solo dos cuerpos: el de tu novio y el del otro conductor. El tuyo no estaba.

—Corrijo —interrumpió Rogers—. El cuerpo de Anna Meisner no se encontró nunca. No sé quién es esta jovencita, pero...

—No sea ridículo, inspector —siseó la doctora—. Vimos fotos de Anna. Esta joven no solo dice que es ella, sino que se ve idéntica a ella también.

—Es cierto, pero eso no prueba...

—Sí, razón por la cual seguiremos con los exámenes, inspector. Tiene que haber algún tipo de explicación.

Miles de preguntas se me vinieron a la mente. La visión se me llenó de puntos blancos, y veía borroso. Por un mínimo segundo, pensé en decirles la verdad, pero me mordí los labios. Primero que nada, porque mi identidad secreta no podía tener nada que ver con mi extraña situación presente, y, segundo, porque no podía dejar de sentir que, de alguna manera, todo esto estaba orquestado. La razón por la cual asumimos identidades nuevas y literalmente, destrozamos nuestro pasado, tal vez fuera conocida por estas personas. A lo mejor lo que buscaban era que yo contara la verdad. Pero, más que nada, no podía dejar de pensar en lo que me habían dicho. Porque, ¿y si fuera verdad? —Pero, Mark...

La médica: —Anna, Mark murió hace dos años.

5

Dos días más tarde, estaba en la estación de policía. Dejé el camisón y me puse un par viejo de jeans y una camisa roja que me prestaron en el hospital. Me hicieron las mismas preguntas, pero ahora de manera más burocrática; sin anotadores ni bolígrafos. Todo quedaba registrado por una cámara, y, esta vez, tampoco había una médica amigable ni nadie que creyera en mí o que fingiera hacerlo, al menos. Aparentemente, los servicios de la médica no eran necesarios. Al margen de algún síntoma de deshidratación, estaba saludable. Bueno, al menos, físicamente.

La sala de interrogatorios, toda azulejada, era oscura y parecía salida de un set de rodaje, con la falsa pared espejo, las típicas sillas de madera y una mesa. Del otro lado de la mesa había dos hombres, uno de los cuales era Rogers. El otro, que se había presentado como inspector en jefe Bernard, era pelado, y tan musculoso que las costuras del uniforme parecían a punto de reventar. Me imaginé que, todas las noches, el hombre le agradecía a Dios de rodillas por tener este trabajo en la fuerza policial, porque su mirada, no creo haber visto antes a alguien tan distraído en la vida, me convenció de que este era el único tipo de trabajo que el hombre podía conseguir.

—¿Cuál es su nombre real?

Suspiré. Ya habíamos pasado por esto al menos tres veces. —Anna Meisner.

—Sabe que nos quedaremos aquí hasta que nos cuente la verdad.

Bernard no parecía interesado en mí. Era como un juego de ajedrez en el que todas las jugadas eran parecidas. Me lanzaban una rueda de preguntas y, una vez que las contestaba todas, una nueva rueda empezaba, con preguntas similares. No solo quería saber mi nombre; también mi edad. Hubiera querido decir “dieciocho”, pero me di cuenta de que había perdido dos años, así que serían más bien veinte. ¡Qué extraño! El hombre quería saber cuántos parientes directos tenía. Eran cuatro: madre, padre, hermanito, hermana. Dónde vivía: en un barrio residencial. Qué estaba haciendo aquí: lo cual era una maldita buena pregunta; qué había pasado, etcétera. Me estaba volviendo loca. La mitad de las respuestas era mentira, pero yo tenía una buena razón para mentir.

—Me encantaría darle un nombre diferente si eso lo hace feliz, pero eso sí que sería una mentira —apoyé los codos sobre la mesa, cansada. Decidí

intentar algo diferente—. No entiendo por qué me mantienen aquí y me dicen mentirosa. Es decir, estaba en el hospital, me hicieron todo tipo de exámenes para ver qué diablos estaba pasando conmigo. Sin dudas, también me extrajeron sangre.

—¿Entonces? —dijo Bernard.

—Sangre, mi ADN: ¡pruebas de que estoy diciendo la verdad! —Yo sabía que el programa de testigos protegidos había hecho un excelente trabajo y habían borrado cada detalle de mi vida anterior, y la de mi familia.

—Solo podemos establecer su identidad con el ADN si tiene antecedentes criminales —respondió Bernard—. Y durante nuestra investigación, encontramos que no es posible que usted sea Anna.

—¿Perdón? —*Cuánta mierda*—. ¿Qué investigación? ¿Y qué reveló, entonces? ¿Quién soy?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Una persona sin identidad conocida. No aparece ni un solo nombre en nuestra base de datos cada vez que introducimos la información.

—¿Qué? —lo miré incrédula—. ¿Cómo es posible?

—Esa es una muy buena pregunta. Lo único que arroja el sistema es el nombre de Anna Meisner.

—Así y todo ¿todavía dudan de mi historia? Oí que tienen fotos mías. O, en realidad, fotos de Anna.

—Tenemos fotos, sí.

—¿Y? ¿Me parezco a mí misma? —retruqué.

—Como dos gotas de agua, pero eso no prueba nada.

—¿Cómo dice?

Bernard se cruzó de brazos y asintió con aire confidencial. — Quienquiera que sea, usted no es Anna Meisner.

—¿Por qué está tan seguro? —este tipo ya me tenía harta; sentía que mi furia estaba por hacer ebullición. Me hubiera encantado patearle la silla y hacerlo caer, arrastrarlo hasta la mesa y darle una trompada en la cara. Lo que indicaba mi estado mental; antes de que me pasara, nunca había sido agresiva. Extraño lo que te sucede cuando te dicen mentirosa. Me contuve con mucha dificultad.

—¿*Usted* qué cree? —dijo él.

—¿Se refiere a que el cáncer me tendría que haber comido viva en estos dos años en los que, presuntamente, estuve desaparecida?

—Bingo.

Rogers le tocó el brazo, peludo, a Bernard. —Tal vez deberíamos darle tiempo para que entre en razón. Vayamos a buscar café y después volvemos.

Yo no me creía muy inteligente, pero tampoco era estúpida. Era más que evidente que estos dos estaban jugando al policía bueno y al malo, con la esperanza de que yo terminara confiando en Rogers y que le contara lo que quería oír. Por desgracia, el hombre era tan mal actor como la médica del hospital. No me iba a hacer caer. Así y todo, su idea no estaba del todo mal. Cada minuto que me liberara de ser interrogada sería recibido como una bendición.

Sin embargo, Bernard lo ignoró por completo. —¿Cuál es su conexión con los dos adolescentes que “la encontraron”? —Acompañó la pregunta con el gesto de comillas con los dedos.

—Ninguna —me tomó un minuto asimilar su pregunta—¿Por qué diablos piensa que estoy conectada con ellos de alguna manera?

—Porque ustedes eran las únicas tres personas presentes en ese edificio.

—¿Nunca oyó hablar de las *coincidencias*, inspector? Esos dos solo buscaban un lugar para tener sexo, y estoy muy feliz de haberles arruinados sus planes eróticos.

—Podrían haber tenido sexo en su casa, también.

—Usted no es muy bueno para el romance, ¿no? ¿Nunca fue joven?

Para mi sorpresa, a Rogers se le escapó una risita. Bernard lo miró furioso, y Rogers se puso de pie y caminó hasta la puerta. —Bueno, voy a buscar algo para beber, entonces. ¿Un vaso de agua, Juana Nadie? —me miró con perspicacia.

—Mi nombre *no* es...

Salió dando un portazo.

Genial, pensé. Ahora estoy encerrada sola con este loco.

—La verdad es, señora, que no creo en las coincidencias —dijo Bernard.

—¿Cuál es su punto?

—Tal vez los tres planearon todo esto. ¿O fue una especie de juego sexual que salió mal?

—¡Yo estaba muerta de hambre, deshidratada y casi muerta!

—No me creería si le contara las cosas que hace la gente por recibir un poco de atención.

—Usted está enfermo, ¿sabe?

Bernard se encogió de hombros.

—¿A ellos les hizo las mismas preguntas estúpidas?

—El joven y la muchacha están retenidos para interrogarlos en cualquier momento, sí.

Siguiendo un impulso, miré a mi alrededor, lo cual era ridículo, por supuesto. —¿Están aquí? ¿En el mismo edificio? No pude agradecerles.

—Entonces, ¿no estaba todo preparado?

—¡Por supuesto que no! ¿Qué *mierda* está pensando?

—No sé qué pensar, señora. Ese es exactamente mi problema.

Sacudí la cabeza. Para contener la inminente jaqueca que me amenazaba, me apreté el puente de la nariz con el pulgar y el índice. —Déjeme intentar entenderlo: usted cree que estoy confabulada con el muchacho y la joven que me encontraron, que nos pusimos de acuerdo para que me ataran, desnuda, porque esa era nuestra fantasía, y que después, bueno, se olvidaron de mí o me dejaron ahí durante días, ¿*a propósito*?

—Existe esa posibilidad.

—En su mente, puede ser.

—Es cierto que es algo rebuscado, pero...

—¿En serio?

—¿Y usted no tiene otra manera de explicarlo?

—¿Ninguna otra explicación aparte de la verdad, quiere decir? ¿Para qué nos involucraríamos en un juego así? ¿Cuál sería el motivo, Señor Oficial de Policía?

Bernard suspiró.

No sé de dónde sacaba las agallas. Si alguien tenía derecho a suspirar por tanto sufrimiento, esa era yo.

—Usted no querría saber de lo que son capaces los adolescentes para revolucionar las redes sociales.

—Aún si eso fuera verdad: pasé días allí, sin comida ni agua, helada hasta la médula. Eso solo puede hacer que uno pierda la salud mental.

—¿Ahora quiere jugar a eso?

—No quiero jugar a nada. Sé tanto como usted —cerré los puños y continué—. Maldita sea, huevón arrogante. Intente ponerse en mis zapatos por una vez. No solo estuve atada a una silla durante días, viendo el suicidio de mi otro yo frente a mis ojos; también, de alguna manera, perdí dos años de mi vida. Además, el cáncer desapareció, y... y.... —ahí estaba, por fin: mi punto sin retorno. Pospuesto, pero que ahora me golpeaba con toda la fuerza. Lágrimas empezaron a correr por las mejillas. El estómago se me apretó y

sentí que se me cerraba la garganta. Las palabras me salían como en susurros. A pesar de que habíamos vivido una mentira en los últimos años, al menos había sido una vida normal. Una vida normal. Nuestras identidades eran falsas, por supuesto, si no, nos habrían encontrado. Nosotros tampoco habíamos sido demasiado fanáticos al respecto. ¡Fue por sugerencia del FBI! Pero esto...esto era algo diferente. ¿Dónde estaban los últimos dos años de mi vida? ¿Cómo era posible que estuviera curada? No tenía sentido. *Y Mark. El amor de mi vida. Él, que me conocía simplemente como Anna y que todavía me amaba. Muerto en un accidente que podría haber significado mi muerte, también.*

Detrás de mí se volvió a abrir la puerta. Por el rabillo del ojo, vi a Rogers que entraba en la habitación, con tres tazas en las manos. Se sentó cerca de Bernard, apoyó las tazas y me alcanzó una. Me dolía la garganta y la sentía hinchada, por la emoción. Agradecida, tomé la taza de plástico y unos sorbitos de agua.

—Ahora, ¿entiende por qué no creemos que usted sea Anna? —Por primera vez, la voz del inspector sonaba compasiva y más amistosa.

Contesté tan rápido que casi me ahogo con el agua. —No, no puedo entender cómo *no* me creen quién soy. Al parecer, tengo dos años perdidos en la memoria, la misma cantidad de años que estuve perdida. ¿Por qué iba a pensar que estoy delirando? ¿Creen que me estoy imaginando que soy Anna Meisner? —lo miré, secándome las lágrimas de los ojos—. ¿Cuál es la razón?

—Solo estamos tratando de poner las piezas todas juntas, Juana —contestó Rogers—. Como usted misma señaló: se supone que está muerta. Eso es duro, lo sé, pero es la verdad —miró a Bernard, como buscando algo—. ¿Quieres que le muestre el resto también?

Bernard asintió.

Rogers tomó una foto de su bolsillo y la deslizó hacia mí por la mesa.

—¿Reconoce esta casa?

Casi me quedo sin aire cuando vi la foto. Era mi living, sin duda. Todo estaba ahí: el sofá marrón oscuro, la mesa negra, los estantes con libros y las pinturas en la pared. A pesar de que mis cosas estaban bloqueadas por las armas, revólveres, cuchillos, espadas y granadas de mano apiladas en la habitación. Entre el arsenal había un cadáver.

—¿Joey?

Por primera vez, los policías se miraron sorprendidos.

—¿Cómo...? —las lágrimas caían por mis mejillas.

—Después de la desaparición de Anna Meisner y de la muerte de su novio, su hermano menor vivió en su antigua casa por un tiempo —dijo Rogers, quien, de golpe, parecía dudar—. En el resto del departamento se encontraron más cuerpos. Los asesinatos parecieron al azar. Pero todo apunta a que las muertes empezaron en ese departamento. Los testigos describieron a una mujer joven de cabello largo y castaño, muy parecida a usted, que huyó de la escena. Justo antes de que se encontraran los cuerpos.

—Un momento —tartamudeé—. Por supuesto que usted no pensará...

—Por desgracia, no sabemos qué pensar —se quejó Bernard—. El asunto es este: usted es la única sospechosa.

—¡Pero eso no tiene sentido! Aún si yo fuera la persona que están buscando, ¿por qué reconocería que soy Anna Meisner? ¿Con qué objeto?

Bernard asintió. —Eso es lo que estamos tratando de averiguar.

6

Otro policía, uno con pantalones negros, zapatos negros de suela gruesa y un pequeño grano en la nariz (me estaba fijando en las cosas más extrañas), me escoltó fuera de la sala de interrogación.

—Ponla en la celda cinco —dijo una mujer que estaba en la recepción—. Esa está disponible.

—¿Puedo hacer una llamada? —pregunté. Tenía que hablar con mis padres. Deseaba un abrazo paternal y oír la voz de mi padre diciéndome que todo esto era un malentendido, que él estaba en camino para llevarme a casa. De alguna manera, todavía tenía esa sensación de que alguien estaba por saltar de golpe desde algún rincón e iba a gritar ¡*Sonríe!* ¡*Esto es una cámara oculta!* ¡*Es una broma!* *Ja, ja, ja*—. Si alguien puede decirles con seguridad quién soy son mis padres.

—¿De veras cree que no pensamos en eso? —contestó el oficial—. Los llamamos de inmediato en cuanto usted fue hospitalizada. Estaban de vacaciones en China y, por supuesto, se desconcertaron al oír que alguien que decía ser su hija desaparecida estaba en el hospital. Querían tomar el primer avión de vuelta a casa, pero, desde hace unos días la mayoría de los vuelos desde China están cancelados por razones climáticas.

—Es un chiste.

—No. Aparentemente, están padeciendo unas tormentas muy violentas por ahí. ¡Usted sí que está de suerte!, ¿no?

—Pero ellos están en camino, ¿no? —sentía cierta esperanza en el estómago.

El oficial asintió. —Creo que están por aterrizar en unas horas.

—¿Y no hay un abogado? —Yo quería contactarme con la gente que trabajaba en el programa de protección de testigos. Probablemente, ellos ni sabían que yo estaba aquí, si no, me habrían sacado hacía rato. Estaba segura. Tal vez ellos podrían explicarme qué diablos estaba sucediendo aquí—. Me imagino que tengo derecho a llamar a un abogado, ¿no?

—Alguien que la representará está en camino. Lo llamamos en cuanto la trajeron aquí. Pero esto es el norte del estado de Nueva York, jovencita. No vivimos apurados como los de la ciudad de Nueva York. Apuesto que, con suerte, el hombre estará aquí mañana a la mañana. Hasta entonces... —me escoltó hasta una fila de celdas. La mayoría estaba ocupada. La anteúltima

estaba vacía, y el oficial abrió la puerta.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, entre ahí.

—No soy estúpida —dije—. ¿Por cuánto tiempo? ¿Me van a acusar de algo? Supongo que ustedes no piensan, honestamente, que yo tengo algo que ver con esas armas y toda esa gente que murió. ¿Y mi hermanito? ¿Él está...?

—Es tarde. Ellos le informarán cómo proseguiremos por la mañana.

—¡No me puede encerrar aquí así, sin más!

—¿Cree que no?

—No, claro que no.

Me empujó por la espalda y me metió en la celda. Por detrás de mí, el oficial cerró la puerta de un golpe. —Creo que podemos.

Y eso fue todo. Fin de la historia. Nadie me iba a decir nada de nada. Al menos, no esta noche. Con los ojos llenos de lágrimas y la nariz llena de agua, me senté en la cama, que era la única cosa que había en esa pequeña habitación, aparte del inodoro. Miles de preguntas e imágenes se me venían a la mente.

Está bien, recapitula: aparentemente, he perdido dos años de recuerdos. Nadie cree que soy Anna. Mi apartamento fue utilizado para almacenar armas, y, encima, ahí encontraron el cuerpo de mi hermano. Hay testigos que vieron a alguien muy parecida a mí que se alejaba corriendo del lugar justo después de los asesinatos.

Joey... ¿muerto?

Todo sonaba ridículo, incluso para mí. ¿Cómo diablos podía ser que pensaran que yo tenía algo que ver con todo eso? ¿Y ellos esperaban que yo me creyera eso?

Las preguntas que me hacía no ayudaban nada. Las tenía que bloquear, pero me di cuenta de que había perdido la batalla incluso antes de empezar.

Esto no está pasando. No estoy aquí. Es un malentendido que se va a aclarar mañana mismo. Van a venir y me van a pedir disculpas.

Esa noche fue terrible. Nunca me había sentido tan sola, triste y confundida. No sabía que una persona pudiera llorar tanto. Los ronquidos y los murmullos de la celda de al lado llegaron a mi celda. Afuera, el viento aullaba junto conmigo. Por fin, me dormí, pero solo porque estaba física y mentalmente agotada.

Me desperté antes de que la primera luz del día iluminara el piso de mi celda. No mucho más tarde, oí el sonido de pasos en el corredor y la puerta

de la celda se abrió rechinando. Yo estaba sentada sobre la cama, abrazándome las piernas, con las rodillas pegadas al pecho. Tenía la espalda contra la fría pared. Estaba aturdida y totalmente exhausta. Desde que me había despertado, había estado hamacándome, con la mente en blanco.

Bernard me clavó la mirada. Señaló a la puerta y susurró: —Rápido, no tenemos mucho tiempo.

Sorprendida, arqueé las cejas. —¿Perdón?

—Los guardias están muertos, pero no van a tardar en encontrarlos. Ya casi amanece.

Sentí que me quedaba sin aire. —¿Esto es una especie de prueba?

—Para nada —me dijo el inspector—. ¿Se va a apurar o no?

Me quedé donde estaba. —No voy a ninguna parte. Mis padres llegarán en unas horas, al igual que mi abogado. Ellos...

—No trate de decirme que esto no es una actuación, soldado.

—¿Actuación?

—Con Rogers presente, no podía hablar con libertad, pero la reconocí de inmediato. Podemos sentir lo que el otro está pensando, ¿no? Nos estaban observando, así que tuve que seguir las reglas del juego —se encogió de hombros—. No importa. Esto también funciona para mí.

—No entiendo nada.

—Temía que iba a decir eso —Bernard chasqueó la lengua en desaprobación—. En realidad, sería más inteligente matarla y listo, pero quiero darle a la persona que está dentro de usted otra oportunidad.

Sorprendida, me miré el cuerpo. *¿Dentro de mí? ¿De qué está hablando? ¡Este tipo está totalmente loco!*

—Le estoy hablando directamente a esa persona ahora —Bernard dio unos pasos amenazantes hacia mí—. Todo está en movimiento, pero espero que usted se controle nuevamente. Si no, no le sirve a la causa, y, en ese caso, iremos por usted también.

No vi venir el golpe. El dolor me estalló en la cabeza como un haz de luz blanca. Después, todo se puso negro.

Mi siguiente recuerdo es que me desperté debajo de un banco en lo que parecía ser el Central Park. Abrí los ojos y miré los listones de madera y el cielo gris, allá arriba, totalmente confundida. Olores diferentes y pájaros cantarines me hicieron volver la cabeza. Aparte del césped y las flores, no veía un alma. El parque parecía desierto. No, eso no era cierto. A la distancia, vi un hombre joven que paseaba su perro. Tenía los ojos pegados a la pantalla

de su teléfono celular y no me había visto para nada.

Con una mano sobre la cabeza, que me latía del dolor, salí debajo del banco y me puse de pie. Las piernas me temblaron, pero me las arreglé para mantenerme de pie. Me llevó un rato darme cuenta de que no estaba más en la celda, pero no entendía cómo podía ser posible.

—*Teníamos que seguir las reglas. No importa, esto también me sirve.*

—*Lo más inteligente sería matarla, pero quiero darle a la persona que está dentro de usted otra oportunidad.*

—*Todo está en marcha, pero espero que usted se controle nuevamente. Si no, no le sirve a la causa, y, en ese caso, iremos por usted también.*

Me invadieron miles de sensaciones.

Podrá sonar extraño, pero lo primero que se me ocurrió fue que tenía que encontrar cómo volver a la estación de policía. Después de todo, mis padres irían a buscarme allí, lo mismo que mi abogado. Yo quería respuestas, diablos, y tal vez ellos me las podrían dar. Pero concluí que ese pensamiento era estúpido. El abogado me conocía tanto como yo a él. Yo había estado desaparecida durante dos años, había estado a punto de morir desahuciada, de cáncer y, antes de eso, era sospechosa por el asesinato de mi hermano, entre otras cosas. No; mis padres iban a tener tantas preguntas como yo. Además, volvería a estar tras las rejas, y esa perspectiva no era muy atrayente que digamos.

Seguro que, tarde o temprano me rastrearían y me arrastrarían de vuelta a la prisión; luego me presionarían para que dijera quién me había liberado, si es que todavía no lo sabían. Ellos esperarían que yo volviera porque yo quería ver a mis padres, y me estarían esperando. Pero hasta entonces, no tenía sentido ir a caer en sus manos; quería usar mi libertad recién ganada para pensar y hacer planes.

Ahora me quedaba claro algo, al menos: que, en esta historia, había mucho más de lo que yo recordaba. Y quería volver a unir las piezas del rompecabezas en mi cerebro.

Plagada de pensamientos perturbadores, salí del parque y caminé por calles conocidas. Los autos y la gente pasaban a mi lado sin darse cuenta de que era una veinteañera confundida.

Una prueba irrefutable de los dos años perdidos era todo lo que me rodeaba, sobre todo, las carteleras y las tapas de los diarios. Así y todo, no podía ser verdad. Me rehusaba a creer en eso. Cada vez que pensaba en eso, empezaba a temblar y casi a hiperventilar. Tenía la visión distorsionada, y cada coche, perro o persona que pasaba junto a mí parecía una criatura terrible que me miraba de manera amenazante, como a punto de despedazarme y devorarme entera. Contenerme y no quebrarme ni gritar fue un esfuerzo hercúleo. Tenía que ser fuerte y dejar de lado esos pensamientos, si no, tocaría fondo.

¿No tocaste fondo ya, Anna?

Tenía que salir de las calles y calmarme. Casi tambaleándome, fui a la primera tienda que me llamó la atención. Un timbre sobre la puerta anunció mi visita.

Todo me daba vueltas y sentía náuseas. Cerré los ojos e inspiré profundamente. Un olor a humedad penetró por mi nariz. El aire era seco, como si estuviera lleno de miles de partículas de polvo y cenizas. Sentí arcadas y volví a abrir los ojos.

¿Una tienda de antigüedades?

Me encontraba entre sofás desvaídos, sillas y mesas de madera, lámparas, candelabros, alfombras. Y libros, muchísimos libros en estantes tan altos que bloqueaban la luz del sol que quería entrar por las ventanas.

Del otro lado del único corredor que había, vi un par de ojos que me miraban asombrados. El viejo al que pertenecían esos ojos vestía unas ropas todas arrugadas, viejas y descoloridas. Su barba gris también era típica. Tenía los codos apoyados sobre el mostrador. Junto al hombre había una laptop, y el resplandor azulado que emitía la computadora proyectaba una luz tenebrosa sobre su piel. —¿Estás bien, querida?

Sacudí la cabeza. No para decirle que no, sino para aclarar la visión, pero él no lo entendió así.

—No, no te ves muy bien, al parecer —salió de atrás del mostrador—. ¿Quieres un vaso de agua?

—¿Podría usar su teléfono?

—¿Perdón?

—Su teléfono. ¿Podría usarlo?

El hombre se rio.

—¿De qué se ríe?

El dueño de la tienda levantó sus manos a modo de disculpa. —Lo siento, pero una niña de tu edad pidiéndome a *mí* un teléfono, eso sí que es gracioso. Es decir, los jóvenes de tu edad nacen con un teléfono en la mano. Mi sobrina de quince años, por ejemplo, tiene tres y...

Sentí que el dolor de cabeza volvía a asomar. —Perdí el mío —mentí.

Me volvió a mirar detenidamente. Las comisuras de su boca se movieron hacia abajo. —Espero que no te haya pasado nada serio.

Sacudí la cabeza, sin sentir la necesidad de abrirme a un completo desconocido. —Si usted fuera tan amable...

—Está bien, está bien. —Buscó en el bolsillo de su pantalón y extrajo un teléfono móvil y me lo alcanzó. —Pero que sea una llamada corta.

Asentí agradecida, caminé hacia él y tomé el teléfono. En cuanto quise presionar las teclas para poner el número me paralicé.

—Señor —empecé—, yo...

—Déjame adivinar. No te acuerdas el número.

—No, la verdad que no.

—Pero claro que no. Ahora, todos los números están guardados en tus contactos y ya no necesitas recordarlos, razón por la cual la juventud de hoy está tan idiotizada. En mis tiempos, te cuento, en mi época...

—¿No tiene una guía de teléfono o algo así? ¿Una guía vieja?

—Claro que no. Hace años que no tengo ni una. Pero tal vez lo puedas encontrar en internet —y señaló la laptop.

Fui al mostrador a toda prisa. —Gracias. —Mis dedos danzaron por el teclado.

—¿Qué te sucedió, niña? —volvió a intentar el hombre. Su voz se puso solemne y bajó el tono—. ¿Alguien te...tocó o algo así?

¿Si alguien me había tocado? Por Dios. —No quiero hablar de eso.

—Perdón —sonó indignado—. No quise entrometerme. —Se dio vuelta.

—Tengo que arreglar unas cosas en el frente —dijo el hombre. Y con eso, me dejó sola, cosa que le agradecí eternamente.

Entonces, ¿por dónde empezar? Se puede encontrar cualquier cosa en internet. Nombres, direcciones, tu estado civil, videos sexuales subidos por tu

ex hace años... pero no demasiados datos privados. Hasta la guía de teléfono solo mencionaba empresas. Mis padres habían trabajado para una empresa grande, proveedora de servicios de electricidad. Por un momento, pensé en llamarlos, pero sentí lo inútil que sería la llamada. *“Hola, soy Anna. La hija de sus empleados que desapareció hace dos años. ¿Qué es eso? Ah, sí, claro. En realidad, se supone que estoy muerta. Pero, de todos modos, ¿me podrían dar el número de teléfono de mis padres?”* No, no era una muy buena idea. No podía hablar con nadie sin revelar quién era, porque ellos no estaban en la empresa; estaban de vacaciones cuando la policía los notificó de mi situación. Esperaba que estuviesen de vuelta para cuando fuera a visitarlos. Además, tampoco sabía si todavía trabajaban allí. Después de todo, habían pasado dos años.

¿Qué les dirías a tus padres si supieras su número de teléfono? ¿Luego de que la policía les hubiera dicho que una mujer parecida a su hija era sospechosa de haber matado a su hermanito? Ellos mismos llamarían a la policía.

No, no lo harían.

¿Estás segura?

No, no lo estaba. Pero pronto lo sabría, porque iba a visitar a mis padres, fuera como fuera.

Sin más opciones, intenté entrar a mi cuenta de Facebook como último recurso, con la esperanza de que luego de dos años de inactividad todavía estuviera activa. Tipeé la contraseña y, por fortuna, pude entrar. Revisé los mensajes que tenía en el muro, todo rápidamente, y algunos no eran tan antiguos. Personas que me conocían a través de amigos en común y no sabían que estaba desaparecida me felicitaban por mi cumpleaños, en febrero. Pero también vi un mensaje de Joey en mi cronología, un poco más de un mes antes de su muerte. *Te extraño, hermana.* Esas eran las únicas palabras. Se me llenaron los ojos de lágrimas. El corazón me empezó a latir como loco y comencé a transpirar. —*Yo también te extraño, hermanito*— susurré. ¿Cuándo había sido la última vez que hablé con Joey? A mí me parecía que hacía una semana, pero en realidad habían pasado meses.

Tan bizarro todo.

Al final de la pantalla, se abrió una ventana de chateo.

¡Eh! Esta es la cuenta de Facebook de mi hermana.

No lo podía creer.

¿Cómo te atreves a hackear su cuenta?

Me temblaban los dedos.

¿Hannah? Tipeé a toda velocidad, con miedo a que ella saliera.

¿Quién eres?

No me vas a creer cuando te cuente, pensé. *¿Cómo se suponía que se lo dijera?* Simplemente, no podía.

¿Sabes qué? No me importa. Solo sal de la cuenta de mi hermana.

Ese comentario final me hizo temer que ella saliera, así que se lo dije.

Soy yo, Anna.

Sin respuesta.

Luego de un minuto, respondió. *No es divertido, idiota.*

Sé que es difícil de creer. Tampoco sé qué me pasó. Sinceramente, nunca en la vida había tenido tanto miedo. La policía ya alertó a papá y mamá. Lo saben y están de vuelta de China para encontrarme en la estación de policía. Al menos, eso es lo que se supone que pasará. Ahora, ya sabrán que no estoy allí. No puedo recordar nada de lo que sucedió en los dos últimos años, y... tragué, intentando controlar la respiración. Esto no iba a funcionar. ¿Cómo diablos iba a convencerla? Tenía que ir al punto, a pesar de que dudaba que ella fuera a responder la pregunta siguiente, mientras tipeaba a toda velocidad en la ventana de chateo.

¿Ustedes todavía viven en Brooklyn Heights?

También quería saber si todavía los estaban vigilando, pero nos habían enseñado a no hablar jamás sobre el programa de testigos protegidos en lugares públicos. Y eso incluía las redes sociales y los emails. Nunca se sabe quién está escuchando, después de todo.

Sin respuesta.

Cuando sentí la mano del dueño de la tienda sobre el hombro me di cuenta de que el hombre estaba de pie detrás de mí. —¿Pudiste encontrar el número de teléfono?

Como si fuera un joven al que lo acaban de atrapar mirando pornografía, cerré el navegador de inmediato.

—Por desgracia, no —le devolví el teléfono—. Gracias por su ayuda.

Y con esas palabras, me fui. No tenía la menor idea de si mis padres todavía vivían en la misma dirección de hacía dos años, pero solo había una manera de saberlo, a pesar de que era muy probable que la policía estuviera allí para atraparme.

Una vez afuera, me detuve de golpe. Impulsivamente, busqué en los bolsillos de mis pantalones, como si realmente esperara encontrar dinero.

Con un suspiro, volví a entrar en la tienda. El timbre de la puerta sonó con suavidad. El dueño me miró y levantó las cejas.

—¿Hay alguna posibilidad de que usted me preste dinero para tomar un taxi?

8

Dentro del taxi amarillo rumbo a Brooklyn no se habló una palabra. Estaba cansada, tensa y me asaltaban miles de preguntas, como el recuerdo de la voz del inspector Bernard.

—*No intente decirme que esto no es una actuación, soldado.*

—*Sería más inteligente matarla, pero quiero darle otra oportunidad a la persona que hay dentro de usted.*

Me corrió frío por la espalda.

Una voz quejosa me sorprendió. —Le hubiera convenido compartir el viaje con ese tipo, señora.

—¿Cómo dice?

El conductor del taxi señaló hacia atrás con el pulgar. —Ese coche negro nos ha estado siguiendo desde que usted se subió.

Preocupada, miré hacia atrás y vi de qué estaba hablando el hombre. El conductor de ese coche tenía cuidado de dejar pasar dos o más autos entre él y nosotros. Si el conductor estaba en lo cierto, era demasiada coincidencia que este auto nos haya seguido por toda la ciudad. ¿No era demasiada coincidencia? Decidí mantenerme alerta, con la esperanza de que el otro coche doblara por alguna callecita y desapareciera. Pero no lo hizo. Ni siquiera cuando le pedí al conductor que diera una vuelta innecesaria.

Sabía que el conductor del taxi me estaba haciendo una broma. Lo había dicho en chiste. Tal vez, solo había querido romper el extraño silencio que imperaba en el taxi, en un tímido intento de iniciar una charla, pero yo me estaba poniendo paranoica.

Son las personas que te ataron a esa silla. ¡No han terminado contigo! Me vino a la mente otro pensamiento. ¿Y si todo esto está conectado con tu padre? ¿Y si los colombianos están detrás de todo esto y son los que ahora te están siguiendo? Los vas a guiar derechito a la puerta de la casa de tus padres.

El corazón se me aceleró y se me humedecieron las palmas. Justo cuando estaba a punto de bajarme del taxi en un semáforo para correr hasta un centro comercial, el Volkswagen por fin desapareció. Suspiré aliviada y sacudí la cabeza.

Por Dios. Si caes en la trampa de imaginar cosas y de dejarte llevar por tu fantasía, puedes despedirte de lo que te queda de cordura.

—Guau. Parece que hubiera visto un fantasma —me dijo el taxista—. ¿Se siente bien?

Lo ignoré. Para mí el tipo no merecía que le contestara, por haberme asustado de esa manera, aunque solo hubiera sido un chiste. Lo vi mirarme por el espejo retrovisor y encogerse de hombros, como diciendo: *Qué me importa.*

Nuestra calle, en Brooklyn Heights, no había cambiado mucho. La pequeña vecindad todavía tenía las mismas casas de piedra rojiza, una junto a otra, el mismo pequeño parque con el tobogán rojo al otro lado de la calle y el mismo tipo de árboles. Todo me era familiar, y eso me hizo dudar de los dos años de ausencia, pero sabía que tenía que dejar de engañarme.

El taxi se detuvo frente al número 50. Le di las gracias al taxista, le pagué y salí. Mientras el auto se iba despacito, me quedé de pie, mirando la casa en la que había vivido tantos años.

Toda una película de recuerdos se me vino a la mente. Como si fueran fantasmas, vi imágenes de mis hermanos y yo jugando. Hacía poco que estábamos en esta casa, y nos teníamos que adaptar a nuestra vida nueva; por eso, cada vez que había un ruido inesperado mirábamos alarmados. Todo este asunto del FBI nos había cambiado la vida. Susurrábamos. Hablábamos sin emoción, y siempre teníamos miedo.

Un poco más abajo, en la calle, estaba yo cuando tenía diecisiete, la joven que se había acostumbrado a vivir una mentira. Estaba de pie, de la mano con Mark. Recordaba ese momento con mucha nitidez. Fue la primera vez que nos besamos.

Sentí que me afloraban las lágrimas. Intenté reprimirlas y cerré los ojos. Cuando volví a mirar, las imágenes habían desaparecido.

No había duda de que esta era la casa en la que había crecido. Y entonces, ¿por qué las cortinas eran diferentes? ¿y por qué la puerta del garaje era verde en vez de roja? Todo el frente era distinto. Está bien, me dije. Muchas cosas pueden cambiar en dos años. Así y todo, sentí que se me hacía un nudo en el estómago.

¿Dónde están los policías?

Azorada, miré a lo largo de toda la cuadra. Ni uno.

¿No es obvio que este sería el primer lugar al que yo iría? No puede ser que no hayan pensado en esto en la comisaría. ¿O qué es que no los veo?

Justo en ese momento, sentí el sonido de un auto que se acercaba. Una frenada en el asfalto y el rugido de un motor. Miré de reojo y vi un

Volkswagen negro que dobló por la esquina y estacionó. El sonido quedó ahogado por las risas de tres niños que aparecieron en bicicleta. Me miraron sorprendidos y se fueron en sus bicis. Casi ni los miré. Mi atención estaba centrada solamente en el auto negro. De repente, todo se me aclaró.

¿Los colombianos, o quienquiera que sea que te ató a esa silla, te estarían esperando aquí? No, es la policía, Anna. Te rastrearon y decidieron seguirte. O peor: ¿y si el policía que te liberó planeó el escape con los otros y te siguieron para ver a dónde ibas? ¿Y si todo esto era una trampa?

¿Por qué todavía no me habían arrestado?

Cerré un puño. ¿Qué miércoles estaban pensando? ¿Realmente esperaban que yo fuera a buscar refugio en una casa llena de armas y me involucrara en más asesinatos? Aun si yo fuera esa supuesta asesina, no podía ser que me consideraran tan estúpida.

Tal vez esta sea su mejor chance.

Una parte de mi quería ir hasta ellos y confrontarlos. Tal vez me dejaran en paz en cuanto se dieran cuenta de su error. Y, seamos honestos, si realmente fueran la policía, era para que los echaran. Quiero decir, si personas comunes, como el taxista y yo, éramos capaces de distinguirlos a la distancia, era una vergüenza para todo el departamento de policía. Pero decidí seguir su propio juego. ¿Querían saber a dónde iba y qué iba a hacer? Bien. No tenía nada que ocultar.

Te estás poniendo paranoica, Anna. No es más que un auto negro estacionado en la calle.

¡Pero me siguió!

Hay muchos coches negros en este mundo. ¿Cómo sabes que es el mismo? ¿Recuerdas la patente?

No, pero...

Y a pesar de que te siguió, eso no quiere decir nada. Tal vez solo sea alguien que fue al centro a hacer trámites y ahora volvió a su casa.

¡Eso no tiene sentido!

No tiene sentido que sea la policía.

¡No, diablos! Es el mismo maldito auto, ¡estoy segura!

¿Cómo puedes estar segura de algo después de lo que te pasó?

Vamos, no estoy loca.

Ni que me lo digas. Eres tú la que está hablando del tema.

Antes de ir a golpear a la puerta de la casa de mi infancia, silencié mi voz interior.

Por Dios, deseaba tanto que mamá o papá abrieran la puerta.

Pasos del otro lado de la puerta. Murmullos. La puerta se abrió un poquito y vi la cara desconocida de un hombre que me miró como con dudas. Tenía la piel oscura. Era pelado y tenía una barba negra que pareció crecer cuando abrió la boca para decir: —¿Sí?

Estaba azorada. La lengua se me quedó como petrificada.

El hombre entrecerró los ojos y me estudió.

—Jason, ¿es Amanda? —dijo una voz de mujer por detrás del hombre—. Dile que entre. Con todo lo que ha sucedido, es más seguro estar adentro.

—No es Amanda —dijo el hombre.

—¿Y quién es, entonces?

Esas palabras me sacaron de mi estupor. —Yo, eh...

—¿Necesita ayuda? —dijo el hombre.

—Perdón —balbuceé—. Estoy buscando a la familia Meisner.

—¿Meisner? Lo siento, no viven... —El hombre hizo una pausa y levantó el índice, como si estuviera por pedir silencio—. Espere. —Se dio vuelta para dirigirse a la mujer. —¿Querida? Los Meisner. ¿No eran los que vivían aquí antes de nosotros?

—Ni idea. Tal vez. El nombre me suena un poquito. ¿Por qué?

El hombre ignoró la pregunta y se volvió hacia mí otra vez. —Sí, creo que sí.

—¿Qué cosa?

El hombre asintió para sí. —Les compramos la casa a ellos, hará cosa de un año y medio.

—Pero... —dije, sintiéndome confundida—. Mi hermana... ella me dijo....

—¿Su hermana? Lo siento, no sé por qué...

—¿Por casualidad sabe a dónde se mudaron? —lo interrumpí.

El hombre miró hacia la calle con ansiedad. —No hablamos, pero cada tanto me los cruzo cuando voy a hacer las compras. Creo que se mudaron a unas pocas cuadras de aquí. Ahora, si no le importa...

—¿Qué calle?

El hombre se encogió de hombros. —Ni idea. Como le dije: no hablamos. Pero, si fuera usted, no me preocuparía por eso en este momento.

—¿Por qué?

—¿No ha visto el noticiero? Lo pasaron hará unos quince minutos. Y parece que cada vez se pone peor. Le imploro que no se quede en la calle.

Es...

—el hombre me miró aturdido y me cerró la puerta en la cara.

Guau. Gracias por nada.

Estupefacta, me di la vuelta y empecé a caminar hacia la calle. ¿Qué diablos me había querido decir? Decidí no hacerle caso. Si había pasado algo realmente importante, tarde o temprano me enteraría. Ahora lo único que me importaba era otra cosa.

“Creo que se mudaron a unas pocas cuadras de aquí”.

Empecé a inspeccionar todas las casas. ¿Se mudaron? ¿Por qué? ¿Se podía hacer eso? ¿Estarían en peligro? ¿Su identidad se habría revelado? No podía haber otra razón. Pero, aun así, ¿mudarse dentro del mismo barrio? No tenía sentido.

Bueno, ¿y ahora qué? Luchaba conmigo misma para no tocar el timbre de todas las casas del vecindario. ¿Qué otras opciones tenía? Tarde o temprano, o mis padres o mi hermana abrirían la puerta.

Sí, a menos que no estuvieran en casa.

Incluso si no estaban, el área era muy pequeña. Tarde o temprano, los encontraré. Ese pensamiento me tranquilizó un poco.

Pero ¿qué vas a hacer una vez que los encuentres?

Era una muy buena pregunta. No lo había pensado. ¿Qué les iba a decir? ¿Cómo reaccionarían si su hija, presuntamente muerta, aparecía en la puerta de su casa? Esperaba que se sintieran más que felices. Y tal vez lo estuvieran, al fin. Su primera reacción sería de shock e incredulidad. Pero ¿tenía que intentarlo!

En ese preciso momento, sonó la alarma aérea.

9

El sonido era tan agudo que parecía que los cristales de las ventanas iban a explotar. Sentía que me perforaba el tímpano, y encima se mezclaba con los ladridos de los perros dentro de las casas. Los patos, que habían estado nadando en el estanque, remontaron vuelo, asustados.

En seguida, la gente que vivía aquí también entró en pánico. Se abrieron las puertas de las casas y familias enteras salieron llevando maletas y bolsos a sus autos. Como si hubieran estado esperando una señal y esa alarma hubiera sido la gota que rebalsó el vaso, la señal para abandonar el barco antes de que se hundiera. Era bizarro, sobre todo porque, en general, cuando sonaba una alarma así era para alertar a la gente que se quedara dentro de sus casas. Me dio miedo. Me quedé paralizada. ¿Qué diablos podía pasar para que la gente saliera así, en una especie de éxodo masivo?

Sin embargo, no todos salieron a la calle. En algunas casas, vi que cerraban las persianas y las puertas con rapidez.

A pesar de todo, no podía dejar de mirar frenéticamente a mi alrededor, para ver si veía a alguien de mi familia. Pero no tuve suerte.

—Oye, tú. ¡Entra aquí! —una mujer de unos treinta años, rubia y de pelo corto me gritó—. No es seguro quedarse en la calle.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Solo entra aquí de una vez —respondió.

Empecé a moverme. Crucé la calle y corrí hacia la mujer. Miré el cielo, esperando ver algo horrible. Todavía no estaba lloviendo, pero el cielo estaba de color gris, casi negro; un color que no presagiaba nada bueno.

A la distancia, vi que dos hombres salían del VW negro. Los dos tenían teléfonos móviles pegados a sus oídos, y corrieron a una de las casas. Estaba segura de que uno de ellos me lanzó una mirada amenazante antes de desaparecer de mi vista.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Un hombre salió de la cocina y corrió al living. Era muy flaco, pelado y usaba gafas. —¡En solo media hora el mundo se volvió loco! —Antes de entrar como una tromba en el living, se detuvo de repente, a mirarme, como si por primera vez se diera cuenta de que había una extraña en la casa. Sorprendido, miró a su mujer.

—No podía dejarla en la calle, amor —fue su respuesta.

Sin responder, el hombre siguió su carrera hacia el living.

La mujer, muy amablemente, me hizo pasar y me dijo que se llamaba Carla. Me llevó al living.

La seguí a toda velocidad.

La habitación no era grande, y parecía más pequeña aún por los muebles: un sofá, una mesa ratona y una enorme estantería que tenía un gran televisor en el estante del medio.

Las imágenes inundaban la pantalla. Al principio, pensé que estaban mirando una película; tenía que ser una película. Las imágenes eran todas de muerte y destrucción. Incendios forestales, coches que explotaban, lunáticos armados que disparaban a las personas en la calle. Un presentador de noticias apareció, desorbitado y blanco como una hoja: "...realmente no sé qué decir...".

La imagen siguiente era de una ciudad; parecía París, pero no estaba segura. Estaba en ruinas; prácticamente todos los edificios habían sido destrozados. Solo se veían algunas paredes, destrozadas, que sobresalían de pilas de ladrillos rotos. El aire estaba gris por la ceniza. Unas cosas negras, que probablemente eran cuerpos quemados (pero no quise pensar en eso porque me estaba invadiendo el terror) andaban como a la deriva. Los titulares decían: *Tercera Guerra Mundial. Bombas nucleares sobre París y Washington; millones de víctimas.*

Me quedé mirando las imágenes, cada vez más alarmada. Estaba azorada. Me empecé a lastimar las manos con mis propias uñas, clavándolas en las palmas de las manos. Empecé a temblar. Si no me hubiera sentado, sin darme cuenta, en el brazo del sofá, seguro que me habría caído al suelo. Solo pude decir: —Esto no es real, ¿cierto?

La mujer me ignoró por completo; tenía la boca abierta de espanto y los ojos pegados a la pantalla.

—¡No puede ser, mierda! —gritó el hombre, señalando la pantalla.

—¿Guerra? —dije tartamudeando—. ¿Quién? ¿Dónde?

Afuera seguía sonando la alarma.

—Es así —dijo Carla, saliendo de su estupor. Lo dijo como vencida, en voz baja—. Nadie sabe quién empezó esto.

—Eso es lo que dice el partido —estalló el hombre—. No creas que esos imbéciles de la Casa Blanca no tienen idea de quién empezó esto. No nos van a decir, por supuesto. —Caminaba como un loco por la habitación.

Ignorándolo, la mujer seguía con la vista fija en la pantalla. —Parece

que algunos países han disparado misiles nucleares exactamente al mismo tiempo.

—Hace media hora, todo estaba bien —dijo el hombre, señalando la TV enojado—. Y ahora, mira lo que pasa.

—Pero no tiene sentido —exclamé.

Como si recién aterrizara en la realidad, Carla se dirigió a su marido. Ahora el estupor había dado lugar al pánico. —¿Y si somos los próximos, Hank? ¿Y si bombardean Nueva York?

—En ese caso, no podemos hacer nada. Pero incluso si no lo hicieran... —Caminó a la cocina y volvió con un rollo de cinta aisladora.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la mujer, con la voz quebrada.

—Washington desapareció del mapa. Está apenas a cuatro horas de aquí. Si el viento viene del sudoeste, la radiación va a llegar en unos días, y el pronóstico anunció vientos fuertes.

—¡Por Dios! —Carla y yo gritamos al unísono.

Me tapé la boca, horrorizada, pero se me ocurrió algo. —No, una explosión nuclear habría generado un pulso electromagnético que habría inutilizado todos los aparatos eléctricos. No hay manera de que un equipo de filmación pudiera filmar esas imágenes que acabamos de ver.

Hank consideró lo que dije. —Tal vez tengas razón, pero no me voy a arriesgar —concluyó y se dirigió a la mujer—. Ve arriba y cierra todas las ventanas. Yo voy a cerrar todas las aberturas del primer piso.

Carla estuvo a punto de protestar, pero, cuando vio la mirada que le echó Hank, no lo pensó más y subió, obediente.

Yo me preguntaba si a Hank no se le estaba yendo la mano. De todos modos, dudaba de que lo que él estaba haciendo fuera a ser de alguna ayuda si él tenía razón. —¿Puedo ayudar?

Al parecer, el hombre se había olvidado de mi existencia. —¿Cómo? —De nuevo, me miró sorprendido—. Ah, sí. ¿Puedes verificar todas las aberturas de este piso? Que todo esté bien cerrado.

En ese momento, oímos disparos seguidos de gritos y ladridos. Luego, el sonido de ventanas destrozadas. El ruido sobrepasaba apenas el sonido de la alarma aérea, pero nos sorprendió a los dos. Maldiciendo, Hank se acercó a las ventanas. Yo lo seguí, con el corazón en la boca.

Del otro lado de la calle, vimos ocho hombres que caminaban juntos, armados, y disparaban a las casas por las que pasaban. También disparaban a las personas que estaban huyendo con su equipaje, y los hacían salir

disparados en todas direcciones, como caballos desbocados. Algunos pudieron escapar, pero la mayoría recibió disparos.

Dos casas después de la de Hank y Carla, vi los dos hombres que habían estado en el VW negro. Salieron de una casa, armas en mano.

—¡Policía! Arrojen sus armas. —En medio de todo el caos, sus voces apenas se oían, pero yo sí las distinguí. Mierda, no me había equivocado. Esos dos me habían estado siguiendo.

Odiaba cuando tenía razón.

Por otro lado, estaban tratando de salvar personas inocentes. Por eso, merecían mi respeto.

Se resguardaron detrás de algunos coches y dispararon a los hombres. Muy mala puntería. A pesar de que los hombres armados no intentaron esconderse, solo les dieron a dos de los ocho, uno de los cuales se incorporó en seguida. Los otros seis, al ver a los policías, les dispararon. Los disparos no duraron mucho. ¿Necesitan que les diga quién ganó? No lo creo.

—Carla, ven aquí de inmediato y trae mi bate de béisbol —gritó Hank.

La voz de Carla era casi inaudible, en medio de todo el jaleo. —¿Para qué?

—¡Baja de la nube en la que vives y mira afuera! —Hank me arrojó la cinta aisladora—. Ve a terminar lo que empecé.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Sin responder, volvió como una tromba a la cocina y reapareció con un enorme cuchillo de carnicero en las manos. —Si esos matones tiran la puerta...

Dos mujeres y un hombre con un bate de béisbol y un cuchillo contra un montón de fanáticos armados. No, no teníamos muchas chances. — Esperemos que no.

Miré por la ventana y vi un hombre que corría, alejándose de un joven al que le habían disparado. El hombre gritaba, furioso, a viva voz, y encaró directamente a los hombres armados. —¡Mi hijo! ¡Hijos de puta! —Yo nunca había oído a un adulto gritando de ese modo. La actitud del hombre hizo que otros hombres y mujeres también reaccionaran. Tal vez pensarán que podían ser héroes, como los que impidieron que el avión se estrellara en el objetivo planeado el 11 de septiembre. Claro que esos héroes ya no estaban para contar su hazaña, pero esta gente, evidentemente, no pensaba en eso. Lo único que les importaba era proteger a su familia y amigos.

Esas personas no tienen tiempo de detenerse a pensar, jovencita. Se

mueven por reflejo.

Claro que lo que hacían era una estupidez, pero no pude evitar sentir admiración por su coraje, que seguro que era más bien furia mezclada con una buena dosis de adrenalina. No llegaron muy lejos. Cuando el hombre que gritaba estaba a punto de saltar sobre uno de los que disparaban, recibió un tiro en la cabeza. Su cuerpo cayó pesadamente sobre la vereda. Unos segundos más tarde, los otros también yacían inertes en medio de charcos de sangre.

Oí un llanto que venía de arriba; al parecer, Carla se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo afuera. Bajó a toda velocidad, pálida como una muerta. Con los ojos vidriosos, confundida, nos miró. —¿Y ahora qué?

—Seguimos con lo planeado, y esperemos que no entren en las casas — Hank volvió a mirar hacia afuera—. No tienen bolsos ni nada por el estilo. Se quedarán sin municiones.

Tapé con cinta todas las puertas y me coloqué bien lejos de las ventanas. No solo para estar bien lejos de los francotiradores; tampoco quería ver los cadáveres.

—¡Hank! ¡Mira esto! —la voz de Carla se oyó bien fuerte. Hank y yo la miramos. Ella estaba junto al TV y subió el volumen para que pudiéramos oír.

“... se aconseja permanecer dentro de las casas y cerrar puertas y ventanas. La policía y las fuerzas armadas están intentando arrestar e incluso eliminar a estos atacantes. La situación está bajo control...”

¡Mentirosos!

En la pantalla aparecieron varias ciudades incendiadas; los soldados andaban por calles llenas de escombros, disparando a grupos de personas armadas. No eran solo hombres; también había mujeres y niños. ¡Lo insólito era que entre ellos también había soldados armados! Al principio pensé que el ejército estaba cometiendo un terrible error, que estaban disparando a gente inocente; pero luego vi las armas que tenían esos niños y sus padres.

—¿Bajo control? —se burló Hank—. Qué mierda.

—¿Entonces hay más lunáticos armados que andan por las calles? — Carla andaba por la habitación de un lado a otro.

—Este es un canal de la TV estatal —dije yo—. Lo que quiere decir que puede ser un fenómeno a nivel nacional.

—¿A nivel nacional? ¿Están todos locos?

El noticiero continuaba: “...Mientras tanto, se recomienda no beber agua

de la canilla. Esta mañana, cientos de personas ingresaron en el hospital con problemas estomacales severos. Según los análisis, el agua está envenenada. Se recomienda beber solo agua embotellada...”

Carla apagó el televisor. —No soporto seguir mirando esto. —Fue hasta donde estaba Hank y se abrazó a él, llorando.

Hank intentó consolarla, pero no dejaba de mirar la ventana para ver si venían los agresores.

Y yo me había sentado en el suelo. No lo podía creer; tenía el corazón en la boca y sentía como si tuviera una piedra en el estómago. Cada tanto daba una bocanada para recibir aire, porque parecía que mi cuerpo se había olvidado de respirar.

“No intente decirme que no es una actuación, soldado”.

“Sería más inteligente matarla, pero quiero darle otra oportunidad a la persona que tiene en su interior”.

Era una locura, pero, en cierta manera, empecé a creer que todo esto estaba sucediendo por mi culpa. Obviamente, era una estupidez. ¿Cómo podía ser que el fin del mundo (porque eso parecía) estuviera conectado con la que yo había sido? Aun así, sentía que de eso se trataba, como si un recuerdo reprimido estuviera intentando salir a la superficie, pero todavía no lo lograba.

Deseché el pensamiento. Tenía que hacerlo o me volvería loca. Sin embargo, me asaltaron otros pensamientos.

El primero era *mi familia*.

Según el hombre con el que había hablado, ellos vivían por aquí. Era domingo, por lo que era probable que estuvieran en casa. Esos asesinos que andaban sueltos no podrían haber elegido un día mejor para su carnicería. ¿Y si mi familia estaba intentando huir, como los demás? ¿Y si les habían disparado?

El segundo pensamiento fue: *esas pobres personas allá afuera*.

Los dos pensamientos me dieron fuerza para reponerme. Parcialmente resguardada por la pared, espíe hacia afuera. No disparaban más, pero los hombres todavía estaban allí. Ahora caminaban por la calle, que estaba desierta. El único sonido que se oía eran quejidos y ladridos. La alarma aérea no sonaba más en esta área, pero se oía otra por otro barrio cercano.

Los hombres pasaron por sobre los cuerpos y dieron la vuelta a la esquina.

Mi mirada recorrió la calle, rápidamente. Muchos cristales rotos en los

autos y las casas. La calle estaba llena de maletas, bolsos, asientos portabebés y cadáveres. Reconocí a las dos niñas que andaban en bicicleta. Estaban en la vereda, sangrando.

¿Muertas?

Apreté los puños y reprimí mis sentimientos. Tenía la garganta seca. ¿Por qué alguien haría una cosa semejante?

No veía a nadie parecido a mis padres ni a mi hermana. Eso me dio un poquito de esperanza. Tomé una decisión. —¡Vamos! —Y fui al a puerta de entrada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Carla.

—Voy a salir, por supuesto.

—¿Vas a *qué*?

—¿Estás loca? —dijo Hank.

—Escuchen —me toqué la oreja izquierda—. ¿Oyen esos lamentos? Algunas víctimas están muertas, pero no todas. Necesitan ayuda. Además, mi familia está por ahí...

—Y también esos francotiradores imbéciles.

—Dieron la vuelta a la esquina. Ya no se oyen disparos. Tal vez, ya no tienen más municiones, como dijiste.

—O tal vez no y van a volver. Y si empieza a llover, podría ser una lluvia radioactiva. Vas a tener más chances de contraer cáncer.

Ya pasé por eso.

—Pero no va a suceder de inmediato, ¿no? —pensó Carla en voz alta—. Esa bomba fue lanzada en Washington hace solo una hora.

Hank se encogió de hombros. —Ni idea. Pero no me voy a arriesgar.

—¡No podemos dejarlos tirados en la calle! —contesté—. ¡Hay niños que se están desangrando, mierda! Estudié medicina. Al menos, intentemos detener las hemorragias.

Carla y Hank estaban como paralizados.

Asombrada, los miré con furia. —¡Por Dios! Al menos tengan el mínimo gesto de llamar una ambulancia.

—¿Y tú crees que van a venir? —siseó Hank—. Mira las noticias. Todo el mundo se está yendo a la mierda. Les deben llover llamadas de emergencia.

—Pero tenemos que intentarlo, ¿no?

Carla se secó las lágrimas y se puso de pie. —Tiene razón, Hank. Son nuestros vecinos.

Con un gruñido, Hank se puso de pie. —¿Cuándo lo van a entender? Están todos a la buena de Dios.

Sorprendida, Carla dio un paso atrás. —Tú no eres así, Hank. ¿Desde cuándo eres un sádico?

—¿Un sádico? —sacudió la cabeza—. Un realista, querrán decir.

—Sí, ¿saben qué? —los interrumpí—. Váyanse a la mierda. Quédense aquí. —Y con esas palabras abrí la puerta y salí.

Me detuve en el medio de la calle. Una cosa era ver los eventos desde la seguridad del interior de la casa, pero estar aquí afuera era algo muy distinto. Había olor a humo mezclado con un hedor que lo inundaba todo y que no podía precisar qué era. A la distancia, se veían casas con humo, como si estuvieran incendiadas.

¡La ciudad!

El viento soplaba con más fuerza, como si hubiera decidido participar en toda esa locura, y me envolvió como una manta de hielo. Empezó a llover.

Puede ser una lluvia radioactiva. Oía la voz de Hank en mi mente.

No, pensé. Carla tiene razón. *No puede llegar tan rápido, ¿no?*

Aullidos de repugnancia. Gritos de dolor.

Me empecé a mover, sin tener la menor idea de a dónde ir, así que me acerqué a los dos primeros cuerpos que vi. Dos niños estaban contra las ruedas de un Jeep, inmóviles. Me puse de rodillas junto a ellos. Un poco más lejos había un hombre contra un árbol. Los disparos le habían dado en el pecho, las piernas y en el cuello. Todos tenían una mirada vidriosa. La calle estaba teñida de sangre, que era diluida por la lluvia y arrastrada a los drenajes. No tuve que tomarles el pulso para saber que estaban muertos.

Me tragué el nudo que sentía en la garganta.

—¡Por Dios, no! —exclamó alguien cerca de mí.

Miré a ver quién era. Una mujer estaba de rodillas, junto a una señora mayor que estaba intentado respirar y miraba al cielo. Su vestido floreado estaba rojo por la sangre que manaba de su abdomen.

Antes de que pudiera acercarme a ellas, una voz masculina me llamó la atención, la voz de un hombre que estaba en cuclillas en la calle, un poco más abajo, y que tenía lo que parecía el cadáver de una niña en los brazos. Luego había un perro, que aullaba tan fuerte que parecía decir: “¡Ven aquí! Es mi amo, que no puede moverse”.

Sentí la bilis en la garganta y tuve náuseas. Por ser estudiante de Medicina, había visto bastante miseria, pero esto... La horrenda realidad, las

imágenes de la TV y las cosas que había vivido en los últimos días eran demasiado para asimilar. Encima de eso, todo había sucedido frente a mí. Solo cuando me tomé el tiempo de mirar bien a mi alrededor, me di cuenta de la cantidad de víctimas que había y de cuántas necesitaban ayuda.

No podía yo sola.

Concéntrate, Anna. Hagas lo que hagas, no pierdas el control.

Por el rabillo del ojo, vi gente saliendo de sus casas, la mano en la boca, blancos como el papel. Algunos gritaron de una forma que parecía inhumana; otros se quedaron sin fuerza en las piernas y cayeron en el porche de sus casas, llorando.

Sentí una mano en el hombro y me di vuelta.

Era Carla, llorando, pero todavía parecía tener fuerzas para luchar. No dejaba de mirar hacia la esquina, por si volvían los francotiradores. —Nuestra casa no es muy grande. Podemos dar refugio a algunos en nuestro living o en el ático, pero no a todos.

—Pero Hank dijo... —dejé de hablar porque lo vi detrás de Carla. Estaba ayudando a una joven embarazada a ponerse de pie y la estaba llevando a su casa.

Me sequé las lágrimas. —La mayoría están muertos.

—Pero no podemos dejarlos aquí afuera, ¿no? —dijo Carla.

—No tenemos alternativa —de las otras casas salía gente a ayudar a los heridos—. Tal vez alberguen a algunos heridos, pero no creo que quieran tener cadáveres en sus...

Otra vez, no pude terminar la oración.

El ladrido de otro perro me llamó la atención a algo que sucedía calle abajo. Un perro labrador se movía en círculos, sin parar, junto a un Mercedes estacionado en el medio de la calle. El pavimento estaba lleno de pedacitos de vidrio, una de las gomas estaba pinchada y el coche estaba un poco machucado. Las balas habían atravesado el parabrisas y había tres enormes agujeros por los que pude ver dos cabezas.

Grité.

Mis piernas parecían de cemento. El corazón se me detuvo. El mundo se movió en cámara lenta. Todos los sonidos desaparecieron. Al caos le siguió un silencio oprimente. Yo sentía que tenía las piernas pegadas al piso; no me podía mover.

¡No, no, no!

No sé cuánto pasó hasta que me pude mover. Pero lo que sí recuerdo es

que abrí la puerta del acompañante y grité:

—¡Papá! ¡Mamá!

Mi padre tenía la cabeza hacia atrás y la barbilla en alto. Tenía una herida en la frente, y de ahí chorreaba sangre. De su boca abierta salía un chorrito de saliva. Parte del cuello de mi madre había desaparecido. Tenía las manos teñidas de rojo, probablemente por intentar detener el sangrado con las manos. Ahora, estaba sobre el hombro de su marido muerto, con los ojos bien abiertos.

¡No, no, no!

Los tomé a los dos por la ropa y los sacudí. Le di una bofetada a mi padre, con la esperanza de que abriera los ojos. Empecé a golpear la puerta del coche. Me caían los mocos por la nariz. Mis gritos se convirtieron en sollozos y en una catarata de lágrimas. Todo dentro de mí parecía a punto de estallar.

El perro seguía ladrando e intentaba entrar en el auto para revivir a sus dueños. Apenas lo podía alejar con la pierna.

Atrás. ¡Estos son mis padres!

La lluvia empezó a caer con más fuerza y golpeaban en el techo del auto. Debido al ruido, casi ignoré una voz que vino del asiento trasero.

—Ayuda.

Con las palmas empapadas y un nudo en la garganta, miré el asiento trasero. En medio de tres maletas, había una niña.

Por Dios... ¡Hannah!

Estaba cubierta de sangre y se apretaba el hombro con la mano. Su cara era una mueca de dolor. Su pelo negro y enrulado estaba enmarañado y se le habían caído las gafas de la nariz, pero reconocería a mi hermana menor en cualquier situación.

En cuanto me vio, abrió los ojos como platos. Me miró azorada y hasta pareció olvidarse del dolor.

Por primera vez en muchos años, me llamó por mi verdadero nombre.

—¿Paula?

10

2009

Cuando pasó, yo tenía once años. Mi mamá nos había pasado a buscar por la escuela hacía unas pocas horas, a mí, mi hermanito y mi hermana. Ella estaba preparando la cena y nosotros jugábamos en el sofá, peleando por los canales de TV. Estábamos tan absortos en nuestra pelea que no oí cuando se abrió la puerta de entrada. Solo cuando oí la voz sorprendida de mamá, me di vuelta.

Mi padre entró en el living. Tenía el abrigo doblado sobre su brazo y llevaba un portafolio en la mano izquierda. Parecía todo normal, salvo por la expresión de sus ojos. Era una mirada de terror. Tenía ojeras bien visibles y su piel tenía un color horrible, como de muerte. Se arrojó sobre el primer asiento que encontró y sacudió la cabeza.

Al principio, Joey y Hannah (que, en realidad, en esa época, esos no eran sus nombres reales, pero, para evitar confusión, usaré los nombres que nos dieron después) no se dieron cuenta de que algo estaba mal. Eran muy pequeños en esa época. Para ellos papá había llegado a casa, así que corrieron a abrazarlo.

—Hola, pequeños bandidos. —La voz de mi padre parecía un suspiro. Dejó el portafolio en el suelo y nos abrazó a los tres.

—¿Estás bien, papi? —preguntó Joey, soltando a mi padre y mirándolo confundido.

—Me temo que no, amiguito.

Solo entonces me di cuenta de que mi padre no había entrado solo. Con él entraron dos hombres en uniforme, y los dos sonreían de manera forzada. Sus ojos traicionaban el horror que estaba por caer sobre nosotros.

—Jacob, ¿quiénes son estos hombres? —La voz de mi madre sonó como un chillido.

En ese momento, se oyó una risa que salió del televisor. Mi padre, sin decir una palabra, extendió su brazo para que Hannah le alcanzara el control remoto. Apagó la tele. —Tenemos que hablar. Todos.

La mirada de mi madre pasó de la sorpresa a la acusación. Entrecerró los ojos y apretó los labios. —¿Qué has hecho?

—¿Dónde está Steph? —fue la sola respuesta de mi padre.

—Hace horas que está arriba —le dijo mi hermana, llena de orgullo por

traicionar a su hermano mayor. Sí, tengo otro hermano, pero si no lo mencioné antes es por una buena razón. —Está en la cama, mandándose mensajes con Kim. Un fin de semana sin ella y ya tiene el corazón roto. No sería raro que pronto se vayan a vivir juntos.

En un día normal, mi papá se habría reído por eso. Pero hoy, pidió que alguien fuera a buscar a Steph.

—Steph, abajo. ¡Ahora! —chilló mi madre, antes de que nadie pudiera abrir la boca.

Al rato oímos sus pasos. Se abrió una puerta y Steph bajó y se quedó de pie en el último escalón, con una mirada inquisitiva. —¿Qué...? —Cuando vio a los dos uniformados, se quedó en silencio. Despacito, bajó al living.

—¿Qué sucede? ¿Hice algo malo?

—Tú no, hijo —respondió uno de los hombres. Hablaba en voz baja y tenía ojos de color azul intenso—. Tu padre.

—¿Papá? —Steph se acercó y tomó una silla del comedor para sentarse.

—Jacob, nos estás asustando —dijo mamá, con voz temblorosa—. ¿Qué diablos pasa?

A mi padre le temblaban las manos. —¿Me pueden dar un vaso de agua, por favor? —Solo entonces me di cuenta de que, desde que había entrado, no había mirado a nadie a los ojos.

Steph se puso de pie y fue a la cocina a traerle un vaso de agua, que puso sobre la mesa ratona, frente a mi padre. Nadie hablaba. Yo ni respiraba. Creo que nunca sentí una tensión tan intensa dentro de la casa. ¿Qué había hecho mi papá? No podía ser algo muy serio. No, claro que no. Mi padre nos cuidaba. Trabajaba mucho, porque era empresario. Eso nos decía mamá cada vez que papá estaba ausente para la cena. Para mí, “el hogar” no era la casa en la que vivíamos en ese momento, que era la casa soñada de mi padre y la había comprado hacía un año. Hogar, para mí, era todavía la casita en la que había crecido, en las afueras de la ciudad, en un barrio donde conocía a todo el mundo. Esta casa también me gustaba, pero era demasiado grande para mi gusto. Ocho habitaciones, tres baños, una sala de cine en el sótano, un garaje para cuatro coches, vista al mar y parque con cancha de golf. La transición, para mí, había sido demasiado enorme. Yo estaba feliz de que el negocio de las joyas estaba siendo tan próspero y entendía por qué mi padre pensaba que todo este lujo nos haría felices, pero no funcionó así. Era duro convivir con los niños ricos de este barrio. Yo me sentía más a gusto con Savannah, nuestra ama de llaves, que con ellos.

Pero, cada vez que papá venía a casa, hacía borrón y cuenta nueva. Porque, cuando estaba en casa, realmente estaba en casa. Jugaba con nosotros, se reía de nuestros cuentos y nos llevaba a dormir a la noche. Siempre de buen humor, siempre dulce. Y por eso, no podía imaginar qué era lo que había hecho, cuán grave podría ser. Aun así, la vergüenza que se reflejaba en su cara decía lo suficiente.

Era evidente que estaba intentado juntar coraje para encontrar las palabras y hablar. Apretó un puño y tomó otro sorbo de agua, pero seguía con la mirada fija en el suelo. —Me temo que cometí un gran error.

—¿Qué tipo de error? —preguntó Hannah.

Joey se dirigió a los hombres de uniforme. —¿Ustedes son policías?

—Algo así —respondió el más grandote de los dos. Tenía una cabeza muy redonda y gafas. Era evidente que, para el hombre, esto se estaba alargando demasiado, porque se dio vuelta y se dirigió a mi madre. —Su marido está acusado de lavado de dinero y de trabajar para una organización delictiva, señora.

—¿Cómo? —Con los ojos desorbitados, mamá y Steph se levantaron de un salto.

—¿Qué es lavado de dinero, papi? —preguntó Joey.

—¿Organizaciones delictivas? —dije yo, atónita.

Hannah se quedó mirando a papá, azorada.

—Empecemos por decir que soy inocente —mi padre miró al hombre de cabeza afeitada con una mirada de reproche—. Ya hablé con mi abogado y él dice que tenemos un caso.

—No entiendo —dije yo.

Mi padre empezó a explicar: —Es algo así: hice unos negocios con personas que resultaron estar relacionados con dinero ilegal.

—¿Por qué no nos dices de una buena vez la verdad, papá? —preguntó Steph, con voz temblorosa—. ¿Qué hiciste?

—Diamantes —suspiró mi papá—. Gemas, joyas preciosas. Los vendí por un montón de dinero a un grupo reducido de clientes selectos y no lo registré en los libros.

—Pero eres comerciante —respondió Steph—. Un joyero. Ese es tu trabajo, ¿no?

—Eso es lo que he estado intentando explicar a los muchachos del FBI.

—¿Así que son del FBI? —les pregunté a los dos hombres.

Los dos asintieron.

—¿Con quién hiciste negocios, Jacob? —preguntó mi madre, cruzándose de brazos—. ¿De qué clase de gente estamos hablando?

—Colombianos; traficantes de droga, para ser más específico.

—¿Traficantes de droga? —dijimos todos al unísono. La única que parecía no entender era Hannah. Era como si estuviera mirando un partido de tenis y no entendía nada, mirando de izquierda a derecha sin parar.

Mi madre lanzó una exclamación y dijo: —Es una broma, ¿no?

—Esto no es ninguna broma, querida. Pero les juro que no lo sabía. Para mí, solo eran clientes, clientes con mucho dinero. ¿Cómo iba a saber de dónde provenía su dinero?

—¿Cómo puede uno saberlo? —preguntó Steph, en voz alta.

—Es un poco complicado, hijo. Tomé adelantos de dinero. Además, les recomendé una línea aérea pequeña que alquila aviones, y eso me convierte en sospechoso, como si yo hubiera sabido lo que estaba sucediendo.

—¿Y lo sabías? —quiso saber mi madre.

—¿Si sabía qué?

—¿Tú lo *sabías*?

Mi padre la miró como si lo hubiera abofeteado. —Claro que no.

—¿Una línea aérea? —repitió Steph.

Otro suspiro. —No se me ocurrió por qué querían alquilar un avión pequeño. Pensé que querían admirar el paisaje o hacer paracaidismo. Sé que parece naif, pero jamás se me ocurrió la posibilidad de que estuvieran tramando algo. Tampoco sospeché de dónde provenía su dinero.

Se hizo un silencio incómodo.

—Entonces, en otras palabras: esta mansión, todos los viajes, las vacaciones, todo... —mi madre señaló las cosas del living—. ¿Todo proviene de dinero de la droga?

El estómago se me estrujó. En esa época, yo era demasiado joven para entender todo lo que estaba en juego, pero lo suficientemente grande para comprender la conexión entre vender drogas e ir a prisión.

—No hay evidencia de que yo participara en todo —dijo mi padre con calma—. Pero las cosas se pueden dar vuelta en una corte. Y aunque eso no suceda, esos tipos tienen que ser detenidos, y tal vez yo pueda serles útiles. Por eso, el FBI me ha hecho una propuesta.

—¿Una propuesta? —dijo Joey.

Papá asintió. —A cambio de una condena reducida y de protección para toda la familia, he decidido testificar en la corte para implicar a las personas

que me pusieron en esta situación.

—¿Protección? —pregunté, en shock—. ¿Quiere decir que estamos en peligro?

El hombre de gafas redondas habló. —Esto no es un cartel de drogas cualquiera, niña. Tienen conexiones. Si se enteran de que tu papá va a hablar en la corte, no dudarán en detenerlo, a cualquier precio.

—¡No! —gritó mamá. Tenía las mejillas llenas de lágrimas—. No lo entiendo. Todo lo que hiciste fue venderles unos diamantes y joyas. Cómo podrías saber...

—No es tan simple, querida. Especialmente, cuando vean los pagos que he aceptado en los dos últimos años. No me hace quedar muy bien.

—Por Dios, papá —exclamó Steph—. ¿Cómo pudiste ser tan estúpido, tan naif?

—Lo siento —respondió papá.

Silencio.

—¿Vas a ir a prisión, papá? —preguntó Joey. Eso era lo que todos queríamos saber.

—Hasta que empiece el juicio, sí. Unos pocos meses, más o menos. Van a considerar el tiempo que esté en el programa de testigo protegido como parte de la sentencia —papá les hizo un gesto a los dos hombres, que tomaron asiento en el sofá—. Estos hombres están aquí para protegernos y para explicarnos lo que sucederá.

El hombre de las gafas tomó la palabra. —Permítanme presentarnos. Yo soy Kings —señaló a su colega—. Y ese es el agente Carlson. ¿Han oído hablar del programa de testigo protegido?

Nadie habló, como si el piso se estuviera sacudiendo y a punto de engullirnos, uno por uno. Pero no era el piso lo que estaba por sucumbir, sino nuestra vida todos juntos.

—¿El qué? —preguntó Hannah.

—¿No es el programa que ayuda a desaparecer a la gente? —preguntó Steph—. Quiero decir, que realmente desaparecen. Borran todos tus datos de los sistemas, te dan una identidad nueva y te mudas a otro país, ¿no?

Joey miraba a todos con pánico. —¿Tenemos que mudarnos?

—Me temo que sí, amigo —respondió Carlson—. Tu papá los quiere mucho a todos. Y la gente del cartel lo sabe. Pueden usarte a ti para llegar a él.

—Pero no quiero irme de aquí —lloriqueaba Hannah.

—Tenemos que hacerlo, querida.

Mi padre le tomó la mano, la acercó a él y la abrazó. Miró a todos y murmuró: —Todo lo que construimos juntos; todo se acabó.

Por primera vez en la vida, vi lágrimas en sus ojos. Sentí que me ahogaba y empecé a temblar. Siempre habíamos podido confiar en él; él era nuestra torre protectora. Y ahora ya no lo era más. Dijo que no sabía en lo que se metía, pero, en mi interior, yo sabía que papá estaba mintiendo y que se había metido tanto en ese lío que ya no podía salir, aunque quisiera. Hasta que lo atraparan. Y ese día había llegado. Pero, en vez de odio o furia, solo sentía compasión y pena. Fui hasta él y lo abracé. —Todo va a salir bien, papá.

Y mi padre se echó a llorar.

Al parecer, el papeleo ya había empezado hacía unos días, porque nos dimos cuenta de que los agentes del FBI no estaban aquí solo para protegernos; estaban aquí para llevarnos.

Solo nos permitieron empacar una maleta; nada más. El resto de nuestras pertenencias sería despachado a nuestra nueva dirección un poco más tarde.

Ahí estaba yo, en mi habitación. Miraba de un lado a otro. Solo una maleta. ¿Qué miércoles iba a empacar? ¿Qué era imprescindible? Pregunta difícil para una niña de once años. *Todo* era importante. Luego de un rato, tomé algunos de mis libros favoritos, unos juguetes y mi laptop. Casi no me quedaba lugar para la ropa, y entonces mi mamá quitó la mitad de lo que yo había puesto y me hizo ella la maleta.

Cada uno lidiaba con la situación a su manera, pero teníamos algo en común: casi ni hablábamos. Empecé a dar vueltas por la casa, memorizando cada detalle. Era verdad que yo todavía no pensaba en este edificio como mi “hogar”, pero, ahora que nos teníamos que ir, me dolía más de lo que esperaba.

Pasé por las habitaciones de mis hermanos y de mi hermanita. Joey y Hannah estaban haciendo sus maletas. Cada cosa que empacaban era motivo de debate: ¿era importante? Lo sacaban de la maleta, lo volvían a poner, lo volvían a poner y lo volvían a quitar.

—¿Cómo se supone que elija mis cosas? —siseaba Hannah.

Steph no hacía nada. Miraba al vacío, sentado sobre la cama.

Mamá también estaba ocupada, pero su tarea principal parecía ser evitar a papá y ayudar a los niños a empacar. Cuando se cruzaban, ella lo miraba a papá con decepción en los ojos. Iban a pasar años hasta que volvieran a ser una pareja normal, más o menos.

Papá intentaba ayudar, pero, la verdad, molestaba. Intentó entablar conversación con mamá y con Hannah, pero no encontraba las palabras. Finalmente, se sentó en su escritorio.

Ahí fue donde lo encontré; un hombre pequeño, acobardado, que parecía perdido, con los ojos llenos de lágrimas. Puse la maleta en el piso y me acerqué.

En cuanto me vio, se secó las lágrimas con rapidez. —Entonces, ¿ya

estás lista para partir?

Asentí, me acerqué a él y le di un apretoncito de manos.

Papá me hizo un gesto con la cabeza, todavía con los ojos vidriosos. —
Lo siento, niña. Lo siento tanto.

—¿Vas a ir a la cárcel de verdad? —Yo todavía no lo podía creer.

—Me temo que sí.

—Te voy a extrañar.

Me apretó las manos. —Yo también te voy a extrañar, preciosa. A todos.

Nos quedamos en silencio. Quería reconfortarlo, pero no sabía qué decirle. Me tomó mucho tiempo animarme a preguntarle algo que me daba vueltas en la cabeza. —¿No podemos volver a nuestra antigua casa?

—No lo creo —me hizo una mueca—. Entiendo por qué lo preguntas, pero allí hay muchas personas que nos conocen.

—Mis amigos viven allí.

—Por eso. Y eso va a ser un problema si vamos a fingir ser otros, ¿no?

Decepcionada, le contesté: —Supongo que tienes razón.

Me levantó la barbilla. —No te preocupes. Van a estar bien en la nueva casa, estoy seguro.

—Eso espero.

Unos minutos después, nos reunimos todos en el living para que el agente Kings nos explicara lo que iba a suceder.

—Jacob vendrá con nosotros y cumplirá su condena en un lugar seguro hasta que llegue el juicio. Esperemos que eso sea todo y que lo puedan ver en un año.

Joey se colgó de los brazos de papá. —No quiero que te vayas, papi.

—¡Yo tampoco! —dijo Hannah, echándose a llorar.

—No hay otra salida, pequeños —se dio vuelta y miró a Joey y a Hannah a los ojos—. Van a tener que ser valientes, ¿entienden?

Después de un momento de duda y con los ojos llorosos, los dos asintieron.

El agente prosiguió. —En cuanto a ustedes, los llevarán a Brooklyn, Nueva York, y tendrán identidades nuevas. Es muy importante que no le cuenten a nadie de su nueva dirección, ¿me comprenden? —nos miró con intensidad—. Ni a sus amigos ni a sus parientes, ni siquiera darles la dirección de correo electrónico. Aunque no es algo necesario ahora, sería bueno que empiecen a llamarse entre ustedes por sus nuevos nombres, aunque nadie más esté presente. De ese modo, no correrán el riesgo de meter

la pata y se adaptarán más fácilmente.

—Yo no voy a poder, nunca —le dije al hombre.

—Te acostumbrarás bien pronto, ya lo verás. No es la primera vez que se mudan, ¿no? La última vez incluso cambiaron de escuela y tuvieron que hacer nuevas amistades. Vamos a asegurarnos de que puedan seguir estudiando. No los reubicaremos en un páramo, sino que tendrán todas las comodidades a su disposición.

—Solo que esta vez tendrán que fingir todo el tiempo —agregó Steph con sarcasmo.

—Ustedes no son la primera familia que entra en el programa de testigos protegidos —respondió el agente Carlson—. Créeme que sabemos lo que hacemos. Van a estar bien. Además, nosotros...

Lo interrumpí, mirando a Steph con preocupación. —¿Qué quieres decir con “tendrán que fingir”? ¿Quiere decir que tú no vienes?

Steph miró a los dos agentes del FBI. Por sus miradas, me di cuenta de que habían estado hablando antes de esta reunión. —No, yo no.

—¿Cómo dices? —dijo mi madre, sorprendida.

—Yo tengo mi vida aquí, mamá. Estoy en el último años de la universidad y tengo un buen trabajo. Quiero mudarme con Kim en un par de meses, que ahora se convertirán en un par de semanas. Ya hablé con ella...

—¡Lo sabía! —interrumpió Hannah—. ¡Les dije que Steph estaba planeando esto!

—No harás nada de eso. ¡Te irás con tu madre, como el resto de la familia! —por primera vez, mi padre sonó enojado. Miró a los dos hombres con furia, como si lo hubieran traicionado—. ¿Ustedes lo sabían?

—No es asunto tuyo, papá —dijo Steph—. Sobre todo, considerando que todo esto es por *tu* culpa. Ya soy grande. *No tengo* por qué hacer nada que no quiera hacer.

—Es bueno que te mudes —dijo Carlson—, pero recuerda que no puedes hacer ninguna estupidez, ¿entiendes? Lo que sea que hagas, no llames la atención. Mantén un perfil bajo. No abras cuentas ni pagues nada usando tu verdadero nombre.

Kings agregó: —Y, por favor, tienes que entender que no podrás volver a ver a tu familia por un largo tiempo.

Steph asintió, blanco como un papel. —Lo sé. Y eso me mata. Pero si me voy con ustedes, tendré que dejar atrás todo lo que construí aquí, incluso a Kim. No puedo pedirle que deje todo para seguirme. Es una decisión difícil,

pero es lo que quiero.

Se me secó la garganta. Sentía como si alguien me hubiera dado una bofetada. Steph era mi hermano mayor. Si algo me molestaba, siempre acudía a él. Él me había enseñado a cambiar la goma de la bicicleta, a tocar la guitarra, a cantar. No podía irse y dejarme así, ¿no? —Steph... —dije tartamudeando.

Él me tomó las manos. Sentí que tenía los dedos fríos como el hielo. —Lo lamento, mi calandria. —Él era el único que me llamaba así. Me había puesto ese sobrenombre luego de escucharme cantar. Que me llamara así me hizo dar cuenta de algo que me golpeó como si se me hubiera caído una pila de ladrillos encima. Steph no se iba a un campamento por unas semanas, como siempre. *Nosotros* nos íbamos. Y no íbamos a volver nunca más. Llorando, me arrojé a sus brazos.

—Lo aconsejaremos sobre lo que tiene que hacer en cuanto ustedes se vayan —siguió Carlson.

—No sé qué decir —dijo mi madre, con un tono negador.

—No hay nada que decir —dijo Steph. Me soltó y la abrazó a mamá—. Pero esto es un “hasta pronto”, ¿saben? No es un adiós.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le dijo ella.

Steph forzó una sonrisa. —No lo estoy. Intento contenerme, como todos. Pero se está cayendo la máscara, así que es mejor que se vayan ya.

—Tiene razón —dijo el agente Kings, poniéndose de pie. Lo mismo hizo su colega, Carlson—. El coche los está esperando.

Salimos como si estuviéramos en trance.

Decir adiós nunca había sido tan doloroso, así que lo hice rápido. Les di un último abrazo a papá y a Steph y corrí afuera, llorando. Una vez en el coche, vi cómo mis padres se despedían de Steph y luego se despidieron ellos. Vi cómo mamá y mi hermano miraron a papá, con reproche y decepción a la vez.

Unos minutos más tarde, el auto empezó a moverse y Joey, Hannah mamá y yo miramos hacia atrás, los cuatro, donde estaba Steph sentado en la galería, secándose las lágrimas y saludándonos a la vez. Un poco más adelante, mi padre era escoltado a otro auto, como el supuesto criminal que era.

12

2017

El altillo estaba iluminado por una lámpara llena de polvo y las velas que Carla había puesto sobre la mesa y sobre algunas cajas. Las sombras danzaban en las paredes. Eran las dos. La oscuridad que acompañaba la noche, los eventos del día y la amenaza de los que pudieran andar afuera nos volvían más que alertas, sin poder cerrar un ojo. Cada vez que mirábamos afuera, veíamos a Manhattan, de color naranja encendido, a la distancia. Los rascacielos, departamentos y los negocios estaban en llamas. El viento soplaba en nuestra dirección, lo que provocaba que el olor acre del fuego penetrara hasta en la casa.

Era evidente que el altillo se usaba como depósito. Había cosas propias de chatarreros por todos lados. Un sofá desvaído, varios juegos de mesa, bolsas de residuos llenas de ropa, cajas de mudanza y muebles vacíos. La única cosa que tenía una función era la caldera. Cada vez que alguien usaba el agua caliente se encendía con mucho ruido.

Al igual que las paredes, el piso consistía en paneles de madera. Cada paso que dábamos producía ruidos amenazantes. Me hacía sentir que podía colapsar de un momento a otro.

Había cuatro personas heridas que gemían, maldecían o lloraban entre el lío de camas improvisadas hechas con pilas de toallas o colchones inflables. Una de esas personas se llamaba Daisy. Era una joven de veinte años, embarazada, y todos rezábamos para que no rompiera bolsa. La razón por la cual estábamos en el altillo era porque había más espacio y porque desde ahí se podía vigilar mejor la calle. En el living había más personas. No estaban heridas; estaban allí porque tenían miedo de volver solos a sus casas. La mayoría estaba en shock, porque habían perdido a sus seres queridos o porque no sabían qué hacer.

Ese era un sentimiento que yo conocía muy bien.

Pasé horas haciendo tareas en piloto automático. Era algo bueno. Me permitía no desmoronarme y no pensar en lo que sucedía, no solo aquí, sino en todo el mundo. Sin el piloto automático ya habría colapsado mentalmente. Me concentraba en una tarea y en nada más. Iba de un lado a otro e intentaba reconfortar a los heridos, ayudarlos y calmarlos. Afortunadamente, no estaba

sola. Carla y Hank y otros vecinos hacían lo mismo.

Desinfectante, curitas, vendas, analgésicos; había de todo. Luego de ponerme uno de los jeans de Carla y una camisa limpia, le pregunté a Hank si podía verificar las casas más cercanas junto con otros hombres, para ver si podían traer cosas que necesitábamos. Sobre todo, faltaban vendas. Lamentablemente, todo lo que consiguieron fue un pequeño kit de primeros auxilios, así que tuve que romper algunas camisas para hacer vendas.

En otras casas de la cuadra también estaban atendiendo a los heridos, pero pronto fue evidente que no tenían los conocimientos médicos que tenía yo, a pesar de que mucho no podía hacer con la escasez de elementos que teníamos. Me sorprendió que me pude olvidar de mis problemas y de miles de preguntas que me rondaban por la cabeza y me hice cargo. Les enseñé cómo hacer a los que cuidaban a los heridos; a otros les pedí que buscaran ayuda afuera, pero fue en vano. Otro grupo se ofreció a hacer vigilancia en caso de que los idiotas volvieran. Así, toda la cuadra se convirtió en una sala de emergencias improvisada.

Cada ronda que hacía la empezaba y terminaba con Hannah. Ella estaba sentada en el suelo del living, recostada contra el costado del sofá con un almohadón para apoyar la espalda. El perro estaba junto a ella, en el piso, con la cabeza apoyada sobre la pierna de mi hermana. El labrador miraba de un lado a otro y se veía exhausto y muy, muy triste. Se quejaba despacito. Hannah la acariciaba la cabeza para consolarlo. Mientras, se había puesto a mirar televisión. Al principio, Carla la quiso apagar, pero cambió de parecer porque la gente le pidió que no la apagara. Era terrible ver lo que sucedía en el mundo, pero eso era mejor que no saber nada. Los que decían que la ignorancia era una bendición, o no soportaban saber lo que sucedía o simplemente no miraban. El volumen estaba muy bajo y apenas se oía algo.

El mundo entero parecía estar en guerra. Las imágenes en la pantalla mostraban casas bombardeadas, incendiadas. Soldados armados iban de un lado a otro entre los escombros. Había tanques en las calles. Imágenes de la Casa Blanca, de la que todavía salía humo y estaba cubierta de hollín. Imágenes de templos chinos destruidos, de centros comerciales en los que la gente rompía las ventanas, presa del pánico, tomando lo que podían (no solo comida o medicinas, también computadoras o monitores que probablemente nunca podrían usar). Sentí un horror muy profundo. Observé todo por el rabillo del ojo e intenté ignorarlo y hacerme la valiente.

Con nervios, golpeaba el piso con los pies. Miré a mi alrededor y, por

primera vez, registré todo el caos que me rodeaba. La gente, el lío, la sangre. Por un segundo, el mundo empezó a dar vueltas. ¿En qué diablos me había metido?

Mantente ocupada, Anna. No pienses demasiado.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Gateé hasta donde estaba Hannah y le miré la herida del hombro. Por fortuna, una bala perdida que solo había causado un rasguño, pero ya era la segunda vez que le tenía que cambiar las vendas empapadas, o, en realidad, los pedazos de camisa vieja.

—¡Por Dios, te ves terrible! —Hannah me miró, en shock.

Me encogí de hombros y rompí otra camisa para reemplazar el vendaje.

—Estoy cansada, asustada y confundida. Mis ropas están cubiertas de sangre y estoy en casa de extraños, con un montón de heridos, y el mundo parece haberse ido a la mierda. Mark está muerto, y también mamá, papá y Joey. Y todavía no te he contado de mis aventuras. Digamos que he estado mejor.

—¿Entonces eras tú, realmente? ¿La del chat de Facebook?

Asentí.

—Entonces, ¿qué *pasó*? —preguntó Hannah—. Es decir, ¿cómo es que estás aquí? Pensé que estabas muerta.

—Al parecer, no eres la única.

—Pero ¿cómo...?

Me puse un dedo en los labios para hacerla callar. —Cuando todo este caos termine, te contaré, ¿sí? Pero tal vez no me creas. No puedo hablar ahora, no puedo. Lo que sí espero es que no hayas creído eso de que yo maté a Joey.

—Por supuesto que no, pero... —Hannah vio mi mirada, asintió y se calló.

Acaricié la cabeza del labrador, y eso lo hizo dejar de gemir y movió la cola. —¿Cómo se llama?

—Luca —Hannah miró al perro y el can la miró. Ella sonrió débilmente. La mirada que cruzaron era amorosa—. Tiene cinco años. Lo sacamos del refugio para perros hace unos años.

—Es divino.

Hannah asintió. —No creo que haya un perro más fiel.

Nos quedamos un rato en silencio, mirando la tele y escuchando todas las especulaciones sobre lo que estaba sucediendo. Todos intentaban

encontrar una explicación lógica de lo que había sucedido.

—Son esos condenados rusos —dijo Peter, maestro jubilado, señalando al televisor con sorna—. Estoy seguro.

—No te olvides de esos tipos del Medio Oriente —reaccionó Julia. Parecía una adicta de veinte años que hubiera estado encerrada en un lugar oscuro y sombrío. Era esquelética y tenía ojeras. Por suerte, solo se había lastimado la cabeza. Con su bebé, que por suerte estaba bien, entró en el living—. Unos años atrás eran ataques de suicidas con bombas; ahora sí que han encontrado la manera de provocar un impacto terrible.

En el rincón, apoyado contra el marco de la puerta, estaba Max, de diecinueve años. Era la personificación de la palabra “nerd”. Tenía las gafas mal puestas o rotas, y las lentes estaban rayadas. No entendía por qué seguía con las gafas puestas. —Son los alienígenas. Finalmente han llegado.

Hannah hizo una mueca. —A lo mejor él tiene razón.

—¿Perdón?

—Alienígenas. Tal vez fueron ellos los que te secuestraron. Eso explicaría por qué desapareciste de la faz de la tierra durante dos años.

—¿Realmente crees eso? —pregunté con sarcasmo.

—No —se encogió de hombros y eso le provocó dolor. Apretó los dientes y tomó aire—. Pero, para ser honesta, no creo lo que está pasando. Siento que estoy atrapada en medio de una pesadilla y que no puedo despertar.

—Sí, te entiendo.

Víctor, un hombre de unos treinta años que vivía unas tres casas más adelante, se acercó. Su abrigo negro y su pelo largo estaban empapados, pero a él parecía no importarle. Estaba desparramando gotas por todo el piso.

—¿Necesitas algo más, Anna?

Suspiré. —Básicamente, necesito más de todo. Tendremos que encontrar ayuda bien pronto, porque no podemos curar a los enfermos así.

—Acabo de regresar. Dos casas más allá están haciendo planes para eso. Están pensando cómo mover a los heridos en autos. Honestamente, no le veo sentido. No sabemos qué vamos a encontrar más allá de este barrio. Puede ser peligroso. Además...

—No sabemos si los hospitales están funcionando —terminé la oración por él—. Y si lo están, estarán llenos de pacientes. Eso es lo que dijo Hank. Pero, al menos, tenemos que intentarlo, ¿no?

Víctor desvió la mirada, con culpa. —Tal vez.

Decidí no discutir con él y cambié de tema. —Necesitamos analgésicos y desinfectante.

—Encontramos algunas personas que se ofrecieron para ir a investigar una manzana un poco más adelante, cerca de la ruta, en una especie de misión de reconocimiento. Hank está con ellos. Ojalá que vuelvan con provisiones.

Asentí, señalando a Hannah. —¿Le podrías conseguir algo para beber? Es decir, si queda algo en la nevera.

—¿En serio crees que el agua está envenenada? —preguntó Hannah.

—No me pienso proponer como rata de laboratorio. ¿Tú sí? —respondió Víctor.

Sacudí la cabeza. —Agua corriente envenenada... sabes, tal vez esto sea un ataque terrorista. Uno para terminar con todos.

—Tal vez. —Víctor estaba por irse, pero lo tomé por el tobillo. Me miró sin comprender.

—¿Sería posible que pusieras música o algo por el estilo?

—¿Música?

Asentí. —Sí, una distracción. —Todas las quejas, las especulaciones y los llantos me estaban empezando a afectar ahora que no estaba ocupada.

Hannah se hizo cargo. —Siéntate un ratito. Por tu aspecto, pareciera que fueras a desmoronarte en cualquier momento.

Sacudí la cabeza. —No puedo. Estas personas...

—No les servirás de nada si tienes un colapso.

—Pero...

—Siéntate. Ya —me dijo Hannah.

La miré bien fijo. Era extraño ver cuánto había cambiado ella desde la última vez que la viera. Tenía sentido: ahora ella tenía dieciséis y, en mi ausencia, su cuerpo ya era el de una joven, no una niña. Sus ojos ya no reflejaban la bondad y la luz de unos años atrás. Sus pechos se habían desarrollado; incluso más que los míos. Su cara también había cambiado, pero era difícil decir cómo. Con un suspiro, me senté junto a ella. —Hannah, estoy luchando para entender.

—Únete al club —respondió ella.

Ignoré su cinismo. —¿Por qué se mudaron?

—¿En serio que no lo entiendes?

Sacudí la cabeza. —No tuvo nada que ver con el programa de testigos protegidos, ¿no?

—Fue por *ti*. Tú fuiste la razón, Anna.

—¿Yo?

—Por supuesto. La antigua casa nos recordaba demasiado a ti.

—¿Pero por qué se quedaron en el mismo barrio?

—Todavía voy a la escuela en Brooklyn Heights. O al menos, iba. No creo que pueda volver nunca más. Mamá y papá trabajaban cerca. Es un barrio amigable, donde los vecinos se conocen y te ayudan —miró hacia afuera, con odio—. Era por esa casa.

—Entiendo.

—Pero yo no —exclamó Hannah—. Tienes que darme *algo*, Anna. Dime algo, porque tengo la sensación de que estoy hablando con un fantasma.

Me mordí los labios, dudando de que sería una buena idea, pero, al final, decidí contarle un resumen de todo lo que había pasado.

Unos minutos más tarde, cuando terminé, Hannah me miraba con incredulidad. —Tenías razón.

La miré sin comprender.

—Es realmente muy difícil de creer.

—¿Tanto como entender que ahora estoy sentada junto a ti?

Lo pensó por un momento. —*Touché* —dijo por fin.

Nos quedamos en silencio.

—Se habían ido de vacaciones sin ti, ¿no? —le pregunté.

Ella asintió con tristeza. —Yo iba a viajar con unos amigos en unas semanas más. Hubieran sido mis primeras vacaciones sin mamá y papá.

—¿No te llamaron?

—¿Para qué? ¿Para decirme que los había contactado la policía y que estaban volviendo? ¿A eso te refieres?

Asentí.

—Lo intentaron, pero yo estaba trabajando y no había podido devolverles el llamado. Así que, imagina mi sorpresa cuando, de golpe, estaban de vuelta en casa. Papá me contó todo, pero... —se quedó en silencio.

—Nunca lo perdonaste, ¿no? —le pregunté.

—¿A quién?

—A papá.

—¿Tú sí?

Lo pensé por un momento. —Creo que ninguno de nosotros lo hizo.

—Mamá seguro que no. Después de que él volvió a casa, las cosas nunca volvieron a ser como antes. Todos fingíamos que estábamos bien,

pero, en realidad, todos lo evitábamos.

Asentí. —¿Por qué crees que yo estaba tan ansiosa por irme? En parte por Mark, claro, pero, francamente, no podía soportar más la tensión en casa. Así y todo, siempre me sentí mal por eso. Él se estaba matando para recomponer la relación con nosotros y con mamá... —tragué y me mordí el labio para evitar llorar—. Tal vez tendríamos que haber hecho un esfuerzo mayor para perdonarlo. Todos cometemos errores.

—Y ahora es demasiado tarde —dijo Hannah. Me tomó la mano y me dio un apretón—. Todavía no puedo creer que estén muertos y que tú estés viva.

Le devolví al apretón. —Lo sé, hermanita.

Silencio.

—¿Vamos a enterrarlos?

Suspiré. —No puedo soportar verlos así. No creo que eso vaya a cambiar en los días venideros, pero también sé que no podemos dejarlos en el auto. No se lo merecen, pero... —me sequé una lágrima y respiré lenta y profundamente.

Oímos pasos fuertes que se acercaban con rapidez por la escalera. Luego, un grito: —¡Anna!

Miré hacia arriba y vi que Carla entró en el living. Me buscó con los ojos.

Luca ladró.

Me incorporé. —¿Qué sucede?

—¿Has trabajado como partera? —Sin aliento, Carla se tomaba de las piernas y respiraba con dificultad.

Me llevó unos minutos entender bien lo que estaba sucediendo. —No me digas que ella está teniendo el bebé ahora.

—Eso me temo. —Me tomó de la mano y me llevó al corredor.

—Espera —me detuve de golpe—. Nunca he hecho esto antes.

—¿Y crees que yo sí? —gritó Carla—. Ninguno de nosotros tiene experiencia. Tú eres la única que tiene conocimientos de medicina.

—Déjame ayudar —Hannah también se puso de pie, al igual que Víctor, Peter, Max y Julia, quien todavía tenía su bebé contra el pecho.

Antes de que pudiera responder, se oyó un chillido proveniente del altillo.

¡Mierda!

Sin pensarlo, corrí hacia arriba seguida por los demás. Luca iba al frente,

saltando por las escaleras. El sonido de tantas pisadas sobre las tablas de madera hacía eco en las paredes.

En ese momento, eso que llamamos mierda cayó sobre nosotros, cuando, de repente, se hizo de noche, presagiando el fin de la civilización humana tal como la conocíamos.

—¡Qué mierda! —mi insulto apenas se oyó sobre el grito de la mujer.

De la ciudad, que ardía a la distancia, todavía emanaba una luz débil que penetraba en el altillo por las ventanas. Hacía que la oscuridad de afuera pareciera gris, y proyectaba sombras que me permitían adivinar las formas de las personas que me rodeaban. Hannah estaba detrás de mí en los escalones, al igual que Carla.

Petrificadas, nos quedamos quietas, sin respirar. El chillido cesó por un momento, como si la persona que lo emitía hubiera tomado una pausa para respirar. El silencio súbito que siguió parecía cargado, y mi corazón latía como si lo estuvieran martillando. Un segundo después, de arriba se oyeron los gritos de dolor.

Con mucho cuidado, como si con cada movimiento que hacía pudiera provocar un terremoto, miré a mi alrededor. En la oscuridad, apenas podía reconocer las cosas dentro de la casa.

—¡Fantástico! —oí gritar a Víctor—. Sobre llovido, mojado.

—¿Qué pasó? —preguntó Peter a viva voz.

—¿No es obvio, genio? —dijo Max—. Cortaron la electricidad. —Su voz escondía cierto sarcasmo. Intuí que, como vecinos, no se llevaban muy bien.

—Claro que es obvio, gamberro —siseó el hombre—. Pero *¿por qué?*

Imaginé a Max encogiéndose de hombros y mirando a su alrededor con temor. —Tal vez esta sea la parte en la que los alienígenas vienen por nosotros.

Julia intentaba calmar el llanto de su bebé y le cantaba canciones de cuna. Le temblaba la voz, y tal vez fuera por eso que no surtía efecto sobre la criatura. El bebé seguía llorando.

Otro grito provino del altillo, y se me estrujó el corazón.

—¿Todavía hay velas encendidas en el altillo? —le pregunté a Carla.

A pesar de que no podía ver su cara, el pánico era evidente en su voz.

—Quiero a Hank. Necesito a mi marido. ¿Dónde está?

—Está buscando provisiones —respondió Víctor—. Él vendrá...

—¡Carla! —interrumpí, casi a los gritos—. ¿Las velas?

—S-sí —tartamudeó—. Todavía están encendidas.

—¿Tendrán una linterna por ahí? —preguntó Hannah.

—No necesitamos esas cosas a diario, así que no —respondió Carla, sin ánimo.

—Bueno, nos habrían sido muy útiles ahora —dije yo—. ¿Tienen más velas?

—Algunas, no muchas.

—Tráelas y enciéndelas —me así de la baranda y corrí escaleras arriba—. Es mejor si hay más luz. Hannah, ven conmigo. Y el resto de ustedes, necesito cosas: toallas, agua, telas, cualquier cosa que pueda ser útil para el alumbramiento.

—¿Cómo diablos se supone que sepamos? —protestó Peter.

—Usa tu imaginación —gritó Max. Su voz sonaba débil, lo que me indicó que estaba yendo hacia el living.

—Un pequeño sabelotodo —protestó Peter en voz baja.

Junto con Hannah, llegamos al altillo. Ahora conocía el lugar un poco más, pero, en la oscuridad, era casi imposible ver a dónde iba. Por fortuna, los gritos de Daisy y los ladridos de Luca, que estaba a su lado, nos guiaron al lugar correcto.

Abrí la puerta y vi a Daisy, tendida de espaldas, en el rincón, con las rodillas hacia arriba. Junto a ella estaban su madre, Joanna, y su hermana, Jill. La habían cubierto con una manta de la cintura para abajo. Había dos hombres también en el rincón, pero estaban tan heridos que no podían moverse. Los dos le decían que todo iba a salir bien. Lo cual era una estupidez, claro. ¿Cómo diablos iba a salir todo bien en ese infierno?

Las velas titilaban y proyectaban un brillo tenebroso en la habitación.

En cuanto la madre de Daisy me vio, se levantó de un salto. —Tenemos que llevarla a un hospital.

Luca seguía ladrando.

Con una sola mirada a Daisy me fue suficiente.

Mierda, mierda, mierda.

—No tenemos tiempo. Rompió bolsa.

—¿Crees que no lo sé? —dijo la madre—. Tuve dos hijas. Pero, vamos, no puede dar a luz aquí.

Detrás de mí, Víctor entró en la habitación. —Me temo que no tenemos otra opción.

Luca gimió, volvió a ladrar y empezó a correr en círculos alrededor de Daisy.

Corrí hasta ella y me puse de rodillas a su lado. —Hannah, ¿podrás

hacer que Luca se queda quieto? —pregunté enojada—. Me está poniendo nerviosa.

—Luca, ven aquí —ordenó Hannah. Fue hacia otro rincón de la habitación y se puso de rodillas. El perro la siguió, pero seguía ladrando.

Espié por debajo de la manta. Lo que vi me convenció de no tener hijos, nunca.

¿Eso será la cabeza?

Se me revolvió el estómago.

¿Cómo mierda se supone que haga esto?

—Bueno, Daisy. Respira profundo y exhala.

Me miró con miedo. Le empezaron a rodar lágrimas por las mejillas. Tenía la voz ronca de tanto gritar. —Ayúdame.

Lo intentaré.

Ahora todos se habían juntado en el altillo. Nos trajeron toallas, tijeras, una jarra de agua, trapos y telas.

El bebé de Julia seguía llorando.

Luca no dejaba de ladrar.

—Julia, ¿podrías llevar a tu bebé y al perro abajo? —le rogué—. El ruido me distrae y no me puedo concentrar.

Pero Julia estaba como pegada al piso. Podía entender por qué: abajo, ella iba a estar sola. Después de lo que acababa de pasar, yo tampoco hubiera querido estar sola. Pensé en pedirle a Hannah que la acompañara, pero era ridículo. No quería separarme de mi hermana. Si la perdía a ella también...

Daisy resoplaba. Jill le tomó la mano y le dio un pequeño apretón, uniéndose a nosotras. —Vas a lograrlo, hermana. Claro que sí.

—Ay Dios, ay Dios. —Carla repetía esas palabras como una especie de mantra, mientras revisaba las cajas que había en el altillo para ver si había más velas. Encontró cuatro y las encendió a nuestro alrededor, formando una especie de círculo. Eso me permitió ver que todos tenían el temor reflejado en sus miradas, sobre todo Daisy. Me estremecí.

Daisy sufrió una intensa contracción y gritó. —¡Por Dios, haz que termine!

—Aguanta, niña —grité—. Pon una tela mojada sobre su frente. — Volví a mirar por debajo de la manta.

Por Dios. ¡El bebé ya viene!

Algo me decía que yo tenía que tomar la cabeza del bebé y jalar, pero ¿era así?

¡Piensa! ¿Qué aprendiste sobre esto en la universidad?

No podía recordar; se me había hecho una laguna.

Por favor, ¡vamos!

De afuera se oyeron gritos y voces.

—¿Qué está pasando afuera? —gritó Julia, lo que provocó que su bebé llorara más fuerte.

Max corrió hacia la ventana.

Peter hizo lo mismo y señaló algo afuera. —¿Qué es *eso*?

Empezó a sonar la alarma de un coche y el sonido se mezcló con el bochinche que venía de la calle. Toda esa cacofonía me estaba volviendo loca.

—Hay alguien allí afuera —susurró Carla, junto a la ventana. Le temblaba la voz.

—¿Otra vez los francotiradores? —preguntó Hannah, con voz chillona. Estaba en un rincón de la habitación, como paralizada, sosteniendo a Luca del collar. Casi no se la veía por la escasa luz, solo su cabeza y las manos, lo que le daba una apariencia inhumana.

—No puedo ver. Está demasiado oscuro afuera. Pero *algo* se está moviendo —respondió Peter.

Más gritos provenientes de la calle.

“¡Nooooooooo!” “¡No se acerquen!”

—Mierda. ¿Qué es eso? —exclamó Max, casi llorando.

Yo quería ir a ver qué pasaba afuera, pero Daisy me necesitaba.

—¡Sácamelo de una puta vez!

—Yo... —tartamudeé, con el corazón en la boca y las manos sudadas.

—¡No voy a aguantar mucho más! —la expresión de su cara se convirtió en una mueca de agonía. Estaba jadeando—. Quítamelo.

—Sigue pujando —la alentaba su hermana.

—¡No puedo!

—¡Tienes que hacerlo!

Daisy chilló.

—¡Hazme lugar! —me gritó Joanna—. Yo lo haré.

Antes de que yo pudiera reaccionar, empecé a ver borroso y me empezaron a temblar las manos. Sentí que iba a vomitar.

Como si alguien hubiera bajado el volumen, las voces a mi alrededor empezaron a apagarse. La cabeza emergió despacito, de una manera lenta y tortuosa.

Mis manos se adelantaron de golpe, como si estuviera hipnotizada. Con cuidado, mis dedos tomaron los hombritos del bebé, todo cubierto en sangre.

En cuanto comencé a jalar, todos los sonidos volvieron y el mundo siguió girando.

Llanto. Mis brazos estaban mojados y calientes. Con sorpresa, miré ese cuerpito diminuto y desnudo. Era un varón. El niño daba chillidos agudos.

Los segundos que siguieron a eso fueron barridos de mi memoria. Por un momento, me quedé con la mente en blanco. Lo próximo que recuerdo es una mano sobre mi hombro. —¿Anna?

Aturdida, miré hacia arriba. Víctor estaba a mi lado, pálido como si hubiera visto un fantasma. En sus manos tenía unas tijeras. —Quiere que tú cortes el cordón umbilical —me dijo. Y lo tuvo que repetir tres veces.

Intentando no desmayarme, parpadeé. —Claro...

Justo entonces, oí que Peter gritó. —Mierda, vienen hacia aquí.

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó Hannah.

—¿Ellos? —gritó Joanna—. ¿Más de uno?

Luca volvió a ladrar.

Solo entonces me di cuenta de que afuera reinaba el silencio.

—Parece que sí —respondió Peter—. No lo sé. Sombras. No puedo distinguir. Pero estaban frente a la puerta.

—¿De *nuestra* puerta?

—Sh —ordené.

Todos se quedaron en silencio, menos el bebé de Julia y Luca.

Presté atención. Se oían pasos por la escalera, apenas audibles por los llantos y los ladridos, pero, no obstante, se distinguían los pasos.

—Mierda. Están adentro —susurró Max.

¿Quiénes?

Contuve la respiración y miré fijo a la puerta; mi corazón parecía no latir más.

Con un crujido, se abrió la puerta.

Carla chilló.

Paralizada, miré a la oscuridad.

Pies, manos. Fue lo primero que vi de ellos, antes de ver las cabezas. Niños, seis niños, de entre seis a doce años. No, no eran niños. Parecían niños, pero la expresión anormal y horripilante de sus caras traicionaba su verdadera naturaleza. Eran otra cosa, algo *más*. Estaban cubiertos de sangre y formados en una sola fila mientras miraban a su alrededor con curiosidad.

Solo entonces vi los espantosos cuchillos de carnicero, cubiertos de sangre, que tenían en sus pequeñas manos.

Luca ladró y aulló, pero no los atacó. Con la cola entre las patas, dio unos pasos hacia atrás, como si entendiera que la situación era seria.

Por un segundo, los niños se miraron entre ellos; luego, se separaron y se dirigieron a distintos lugares, en la oscuridad. Lo que sucedió después me quedó grabado a fuego en la retina.

Hubo gritos, insultos y pelea.

Peter gritó: —¡Quítenme a estos putos de encima!

—Hijos de puta... —empezó Max, y lanzó un grito que nos heló la sangre. Me di vuelta y vi que había un niño detrás de él. Lo tomó a Max del cabello, lo tiró hacia atrás, y le cortó la garganta con un solo movimiento. Salpicó sangre a todos lados. Max gorjeó, mirando con pánico a su alrededor; luego, cayó muerto.

—¡No, mi bebé no! —imploró Julia, antes de que su cabeza golpeará contra la pared. Tenía un cuchillo clavado en la espalda. Uno de los niños había tomado su bebé. Lo estudió impávido por un segundo y movía la cabeza de un lado a otro.

Los ladridos de Luca se convirtieron en quejidos de agonía.

En shock, lo miré. *Por Dios, le habían quebrado la pierna.* Rengueando, el animal se fue a un rincón.

Más chillidos. Ahora estaban a mi alrededor.

Víctor estaba luchando con dos niños en el piso, que estaba cubierto de sangre. Maldijo, luchó con furia, y perdió. Joanna, Jill y los dos hombres heridos que estaban en el otro rincón no tuvieron ninguna oportunidad.

—¡Anna! —imploraba una voz desde el rincón.

Hannah. Mierda, mierda, mierda.

Por fin,forcé a mis extremidades para que me obedecieran. Corrí hacia el lugar de donde venía la voz lo más rápido que pude, todavía sosteniendo el bebé recién nacido contra el pecho. Antes de que pudiera llegar a mi hermana, me hicieron caer. Caí al suelo con estrépito, pero me las arreglé para darme vuelta para no caer sobre el bebé. Me golpeé los codos. El bebé empezó a llorar más fuerte, pero yo ya no oía nada más.

¿Hannah?

Me tendí de espaldas. Bajo la luz titilante de las velas, vi seis pares de zapatos que me rodeaban en círculo. Nerviosa, los miré.

¡Esas caras! Esos ojos.

No eran más que agujeros negros. ¡No eran humanos!

Entonces, ¿qué mierda son?

El miedo se apoderó de mí; me sentí una marioneta.

Sus miradas habían reflejado pura furia, pero ahora, sí que estaban sorprendidos. Se miraban sin saber qué hacer.

—Eres uno de nosotros —dijo uno de los niños, asombrado.

Lo miré sin comprender, llorando. —Déjanos en paz.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó una niña.

Por favor, por favor, por favor, por favor.

Miré a mi alrededor. Solo cuerpos, inertes, muertos.

¿Hannah?

Por favor, por favor, por favor, por favor.

—¿Qué han hecho?

Los niños volvieron a mirarse. —Mata al bebé —susurró uno de ellos.

Por Dios, ¿me estaba hablando a mí?

Sus caras volvieron a mostrar esa mueca espantosa. Se dieron la vuelta y bajaron las escaleras. El eco de sus pasos en el piso de madera quedará conmigo para siempre. Antes de irse, soplaron todas las velas, dejándome en la oscuridad.

Unos minutos después, la puerta de entrada se cerró de un portazo y los oí reírse y salir corriendo por la calle.

Yo casi no podía respirar; la adrenalina me paralizaba. Empecé a temblar, fuera de control. El bebé empezó a gemir sin parar. En un rincón, oí que Luca rengueaba.

—¿Hannah?

No hubo respuesta. Sabía lo que eso significaba. Sintiendo una tristeza absoluta y la soledad más intensa, me puse a temblar.

Por favor, por favor, por favor, por favor.

Grité. Y me desmayé.

Gritos de agonía me hicieron abrir los ojos. El mundo había vuelto a la normalidad. O, en realidad, no, eso no era así. El mundo *nunca* volvería a ser como antes después de lo que había pasado, no como yo lo había conocido. No, lo que quise decir es que el sol, tan indiferente a lo que sucedía en este planeta insignificante que está a millones de millas de distancia del astro, estaba subiendo. Sus rayos brillaban a través de las ventanas y la luz iluminaba el suelo sucio de madera. Había motas de polvo por todos lados.

Gemí.

Un olor ácido me revolvió el estómago. No era solo transpiración; era algo más fuerte, mucho más fuerte.

Ay, dulce Jesús.

En cuanto caí en lo que era sentí la adrenalina que me circulaba por las venas. Miré a mi alrededor y vi los cuerpos.

Los cadáveres.

Víctor estaba contra la pared, bajo la ventana. Max y Carla yacían en el piso. Julia y Peter estaban un poco más lejos, pálidos como el hielo. Sus ojos vidriosos estaban fijos en mí, como si estuvieran esperando que yo me levantara.

Me estremecí y tragué para evitar el vómito que se me subía a la garganta. Me quemó, y sentí un gusto metálico extraño. Me parece que, por el gusto, me había mordido la lengua bien fuerte. La herida me dolió cuando pasé la lengua por los dientes.

Había sangre coagulada por todos lados.

Mis dedos apretaron el bulto de carne que se movía sobre mi pecho. El bulto estaba pegajoso, como mi camisa, y resbaloso. Y lloraba a viva voz.

¡El bebé!

Sorprendida, me senté sosteniendo al bebé con una mano. Gran error, porque me incorporé demasiado rápido. El altillo empezó a dar vueltas a mi alrededor. Esa sensación, junto con la imagen espantosa de los cadáveres me hicieron perder el control. Rápidamente, di vuelta la cara, lejos del bebé, y vomité. El vómito se juntó con la sangre. Volví a gemir y me sequé la boca con la camisa.

El corazón me latía como loco. Sentía que me estaba viniendo una jaqueca, que iba empeorando segundo a segundo. Tragué. El gusto amargo de

mi vómito era asqueroso. Miré hacia abajo. Tenía las manos bañadas en sangre.

Respira profundo, Anna. Inhala, exhala.

No me ayudó mucho.

En pánico, miraba al bebé y a los cadáveres.

En ese momento, vi a Hannah.

Mierda.

¡No, no, no!

Lo más rápido que pude, me deslicé por el piso resbaloso con mi mano libre. Con el bebé apretado contra el pecho, me arrastré hasta mi hermanita. Por un segundo, pensé que me volvería a desmayar, pero resistí el impulso.

—Hannah. ¡No, por Dios! —Cada sílaba me hacía doler la garganta.

Estaba en un rincón, sobre un charco de sangre. *¡Su propia sangre!* Su mano izquierda estaba sobre una herida abierta que tenía en un costado, y la mano derecha estaba sobre la oreja de Luca. Al parecer, el perro había usado el hocico para levantar la mano de mi hermana y así se había deslizado bien cerca de ella. El animal gemía suavemente, derrotado. Su pata frontal derecha estaba doblada en un ángulo extraño, y me miraba con unos ojazos como diciendo “Ayúdame. *Ayúdanos*”.

Le tomé la muñeca para ver el pulso de mi hermana, pero no sentí nada.

—¡No! —grité, pateando el armario vacío que estaba cerca de Hannah. Con un fuerte ruido, el mueble cayó al piso. Después de eso, me quedé sin energía y caí al piso de rodillas, llorando. Casi suelto al bebé; lo tuve que sostener con fuerza. Con una mano temblorosa, acaricié la cara fría de mi hermana. La cabeza estaba ladeada, tenía la boca abierta y los ojos semicerrados.

Tú no, Hannah. No puedo lidiar con esto si tú no estás. ¿Qué voy a hacer ahora?

Miré a mi alrededor, como buscando, como queriendo que todavía hubiera uno de esos niños en un rincón, con una de esas sonrisas espantosas y el cuchillo, para que terminara conmigo de una vez. ¿Qué sentido tenía vivir ahora que no tenía familia y que el mundo estaba lleno de maniáticos locos?

Por otro lado, quería que uno de esos niños estuviera en la habitación para hacerle lo que le habían hecho a Hannah y a los demás, pero despacito. Mucho más despacito. Dios, los haría sufrir. Era eso o morir en el intento, que probablemente sería la mejor solución.

¿Por qué no me habían matado?

En mi cabeza, vi a los niños a mi alrededor, rodeándome en la oscuridad.

“*Eres uno de nosotros*”. La voz me resonaba en el cerebro y me dio miedo.

¿Qué diablos había querido decir el niño cuando dijo eso?

Se me estrujó el corazón. Me costaba respirar y solo podía hamacarme, como una paciente en una institución psiquiátrica. Tal vez era eso: tal vez yo estaba en un loquero porque me había vuelto loca. Por Dios, ojalá fuera eso. Porque eso querría decir que el mundo seguía, allá afuera de mi cabeza, que todavía todo era normal. Mark vivía y también mi familia.

Mi familia...

Eso me golpeó. No tenía a nadie. Solo a Steph, y hacía años que no lo veía. ¿Y cómo saber si él estaba vivo, después de todo?

Los mocos se deslizaban de mi nariz hasta el suelo. Estaba sollozando, y el sonido se mezclaba con el llanto del bebé.

Miré al bebé que tenía en brazos. Y por un segundo, me sorprendí de que el crío todavía estuviera allí. Con los ojos cerrados y desnudo, gritaba como loco, agitando un puñito en el aire. Se llevaba la otra manito a la boca y succionaba con los labios, temblando.

Recién ahí me di cuenta.

Mierda, mierda, mierda.

Me puse de pie, buscando con los ojos por todo el altillo. Algo en mi interior quería correr hasta Daisy y darle el niño, sacudirla.

Despierta. Tú eres la madre. ¡El bebé te necesita!

Pero Daisy no era más que un bulto inerte. Yo estaba sola en esto.

Mierda, mierda, mierda.

Me estremecí de miedo. Sola ya era algo difícil, pero encima con este bebé...

¿Qué se supone que haga, por el amor de Dios? ¡No sé nada sobre bebés!

Necesitaba ayuda. ¡*Mierda!*

El bebé seguía llorando y temblando. Rápidamente, fui a un lado y husmé en una de las bolsas de plástico que estaban llenas de ropa. Extraje una larga bufanda y envolví al bebé en ella. Eso estaba mejor, pero el problema real era más difícil de resolver. ¡El niño tenía hambre!

¿En dónde voy a conseguir leche para bebés?

—Sh, calma —dije con suavidad, pero con voz temblorosa. Daba

vueltas por la habitación, intentando pensar.

Afuera, un pájaro graznó. Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle. Ahora, al despuntar el día, el espectáculo era todavía más aterrador. Los cuerpos, los coches estacionados de cualquier manera, todas las puertas de las casas abiertas. Parecía que estaba en una película de zombis. Lo más alarmante era el silencio. Todo tan desierto. Nada se movía, ni un gato callejero. A la distancia, la ciudad era cenizas y humo, no más fuego.

¡No puede ser verdad!

Pero lo era. Estaba sucediendo de verdad.

¿Qué es eso?

Entrecerré los ojos para ver con más claridad. ¿Había un cochecito de bebé frente a una de las casas?

Claro. Seguro que había leche para bebés en esa casa. Tenía que haber. Y si no, tengo que ir a una tienda.

Dudé un segundo. Tenía razón, pero eso significaba que tenía que salir y no sabía si estaba lista para eso.

No tienes opción. Si no lo haces, serás responsable de la muerte de ese pobre bebé.

El crío seguía llorando. Un poco más allá, Luca gimió.

Suspiré, respiré profundo y me decidí. Con el bebé apretado contra el pecho, me acerqué a Hannah y le acaricié la cara por última vez. —Lo siento.

Luca ladró, rogándome que no me fuera. Se incorporó, gimiendo por su pata quebrada, pero, no obstante, me siguió.

—No, muchacho, quédate aquí —le dije—. Volveré, te lo prometo. Y con ayuda.

Ni yo misma me creía; mucho menos el animal. Una vez leí que ellos escuchan tu entonación, y la mía estaba teñida de miedo. Siguió gimiendo. Para asegurarme de que el perro no se lastimara más al seguirme, cerré la puerta tras de mí. Bajé con el bebé en brazos y lo oía a Luca que gemía y rasguñaba la puerta con sus patas. Me partía el corazón.

Milagrosamente, el bebé dejó de llorar. Ahora solo sollozaba, nada a gusto con las primeras horas que llevaba en el planeta.

—Vas a estar bien, amiguito. Lo prometo.

Los niños estaban acostumbrados a que les mintieran todo el tiempo: Santa Claus, los Reyes Magos... ¿por qué iba a romper esa tradición?

Caminar por la calle era muy extraño. Evité a propósito pasar junto al coche de mis padres para no verlos. Eso iba a terminar con el poco coraje que

me había dado el bebé. Miraba furtivamente a mi alrededor, porque esperaba que esos niños volvieran, o los francotiradores. Sentía el corazón en la boca.

Puedes hacer esto, Anna. Paso a paso.

Las nubes del día anterior habían desaparecido. El cielo estaba azul brillante con algunas nubecitas. El sol me acarició la piel y sentí su calor. Me hizo sentir tan pequeña... Aquí estábamos, la raza humana, durante décadas fingiendo ser superiores a otras especies. Pero, la verdad era que la vida seguía sin nosotros.

Pasé por los autos estacionados, los cadáveres, las maletas abandonadas y el cochecito de bebé que había visto por la ventana. Recién ahí me di cuenta de que, en realidad, era un cochecito de muñecas. Entonces decidí ir a la casa siguiente, que tenía la puerta abierta.

—¿Hola? —no sé por qué me preocupaba. ¿Esperaba realmente encontrar a alguien en el interior? Claro que los niños tal vez no hubieran entrado en todas las casas, pero no creía que hubieran dejado a alguien con vida. No tenía esperanzas. No quería volver a decepcionarme.

Silencio total.

Dentro del living, me detuve. Sentía que estaba invadiendo propiedad privada. Una familia con dos niñas pequeñas había vivido aquí. Las fotos sobre la mesa dejaban en claro que eran mellizas, de unos siete años. Sus sonrisas y las cabezas llenas de rulos me recordaron a Hannah y a Joey cuando tenían esa edad. ¿No había visto a estas niñas en la calle, inertes en uno de los coches...?

Basta. Deja de pensar.

Me detuve frente a una biblioteca llena de libros que nunca iban a ser leídos. Había algunos juegos en el piso. Lo más llamativo era la ausencia de gente.

Tragué.

El bebé volvió a llorar.

—Sí, lo sé, cariño. —Lo llevé a la cocina. Abrí todos las alacenas y cajones, en busca de leche en polvo y una mamadera. Pero esas mellizas hacía rato que habían dejado la mamadera.

Corrí afuera otra vez, hacia otras casas. Busqué en seis casas más, sin encontrar nada. Sentí que se me iba el coraje. Pensé en ir al supermercado, pero no me animaba a irme de esta calle. Tenía demasiado miedo de encontrarme con esos niños otra vez, o con los francotiradores.

Alguien tiene que tener leche para bebés en este barrio, ¿no? La calle

estaba llena de muñecas y de niños y bebés muertos.

Lo único que me hacía seguir eran los llantos del bebé en mis brazos, que me recordaba que tenía que seguir.

La séptima casa a la que fui estaba cerrada, pero vi que tenía una ventana rota. Había pedacitos de cristales por todos lados. Con sumo cuidado, entré. Había un sillón, dos guitarras, un piano, una mesa con dos gatos comiendo sobras. Era obvio que los habitantes habían salido apurados.

Una foto enmarcada en la pared mostraba una familia de cuatro, uno de los cuales era un bebé. Sentí cierta esperanza.

Que sea una foto reciente.

Volé a la cocina y abrí todas las alacenas. Una bolsa de arroz, vegetales enlatados, botellas de gaseosas. Casi grito de euforia cuando encontré lo que buscaba. Una caja de leche en polvo llena hasta la mitad, pero no importaba.

—Mira eso, pequeñito —dije excitada, sosteniendo la caja ante el bebé—. Y ahora, una mamadera.

Tuve que buscar por toda la casa, pero encontré lo que buscaba en el tercer piso. Ahora tenía que resolver otro problema: si las noticias de la televisión eran ciertas, el agua corriente estaba envenenada. Eso quería decir que tenía que encontrar agua embotellada. No la encontré en esa casa, sino unas tres casas más adelante. Misión cumplida.

Dentro de la despensa de otra casa, leí las instrucciones de la caja de leche en polvo. “Una cucharada al ras de polvo en una onza de agua”. Por fortuna, la mamadera tenía marcas para medir las onzas. Rápidamente, mezclé los ingredientes y agité la mamadera. Sabía que el agua tenía que estar tibia, pero ¿cómo iba a calentarla? Sin luz, no podía usar el microondas. Miré a mi alrededor. Decidí abrir la canilla de agua caliente y sostuve la mamadera bajo el chorro caliente.

No seas tonta. La caldera también funciona con electricidad.

Seguí mirando hasta que vi la cocina a gas. *Está bien, el encendido es eléctrico, pero deben tener un encendedor en algún lugar.* Abrí algunos cajones y no encontré encendedor, pero sí encontré cerillas, y con eso era suficiente. Encendí la cocina rápidamente y puse una cacerola en la hornalla, con el contenido de la mamadera en el interior para calentarlo antes de volver a pasarlo. Chequeé la temperatura de la leche sobre la parte interna de mi muñeca.

—Listo.

Me senté en los escalones de la cocina y alimenté al bebé. Nunca había

visto un ser humano tomar leche con tanto frenesí.

Después de todo lo que había corrido para alimentar a la criatura, de repente todo estaba muy silencioso. El único sonido que oía era al bebé tomando leche. Nerviosa, miré a mi alrededor. Sentía que las paredes se me venían encima. Miré hacia afuera. ¿Se movía algo?

Son esos niños. Han vuelto.

Me puse de pie y miré hacia afuera.

Te estás imaginando cosas, Anna. No dejes que te gane el pánico porque estarás perdida.

Esta vez, no vi que se moviera nada, pero claro, eso no quería decir nada.

Tenemos que salir de aquí.

Buen plan, pero ¿para ir a dónde? ¿Dónde sería seguro?

No, no puedes irte. Tus padres, Hannah, Luca... no merecen que los dejes, no de este modo.

Sentía las paredes cada vez más cerca, oprimiéndome. Empecé a hiperventilar. El silencio era demasiado opresivo para mí. Le quité la mamadera al bebé, que de inmediato se puso a llorar, pero, de alguna manera, esa era la mejor arma contra la soledad y la locura que me iban penetrando el cerebro con cada segundo que pasaba. Por otro lado, el llanto me rompía el corazón.

Por Dios, Anna. ¿Desde cuándo eres tan dura?

Rápidamente, le volví a poner la tetina en la boca. Una cosa era cierta: tenía que irme de aquí y encontrar un lugar donde tuviera la seguridad de que no entraría nadie a matarnos. Necesitaba tiempo para pensar y resolver las cosas, hacer planes.

Con el bebé en brazos, todavía con la mamadera, subí la escalera. A medio camino, me quedé paralizada por un ruido que vino de afuera, como un cesto de basura que se había caído. Un gato maullaba. Pero eso no fue lo que me detuvo. Oí voces que susurraban, muy cerca.

No es real. ¡Es tu imaginación!

¿Y si no lo era? ¿Y si había alguien dentro de la casa?

¿Estoy oyendo pasos?

—¿Quién anda ahí? —grité, con la voz medio quebrada. Sentí que se me había secado la boca. Nadie contestó, pero mis oídos, alertas, oyeron unos golpes apagados sobre la puerta principal.

¡Un perro!

No, era otra cosa. Estaba segura.

Con un ojo en la puerta y rodillas temblorosas, seguí subiendo.

Mierda, tenías razón. ¡Están aquí!

El olor a sudor frío me penetró por la nariz. Envidiaba al bebé que tenía en los brazos, tan al margen de lo que sucedía. Lo único que lo preocupaba era la comida. De alguna manera, también envidiaba a las personas asesinadas, por cruel que parezca. Después de todo, no tenían que pasar por esto.

Al llegar al tope de la escalera, me di vuelta. Tenía que correr, huir de aquí, pero ¿a dónde? Miré a mi alrededor; más puertas cerradas, razón por la cual casi no había luz en el piso superior; todo estaba sumido en las sombras. ¿Y si había alguien escondido detrás de esas puertas, esperándome?

¡Basta, Anna, basta! Deja de pensar así.

Demasiado tarde. Por el rabillo del ojo, miré hacia el baño. Era la única puerta que estaba abierta, y no veía a nadie en su interior.

Tragué y corrí lo más rápido que pude. El corazón se me salía por la boca. Corrí la cortina de la ducha, casi esperando que hubiera un cadáver en la bañera. Gracias a Dios, no fue así. Cerré la puerta con llave. Por costumbre, busqué el interruptor de la luz, hasta que recordé que no había electricidad. No importa; el sol entraba por una ventanita justo debajo del cielorraso, y con eso era suficiente. Lo más importante ahora era sentirme segura. Soy naif, ¿no? Si alguien quería entrar, no podría hacer nada. Tenía que salir de esta casa, pero no podía ir muy lejos; el bebé iba a tener hambre otra vez.

“¿Dónde voy a encontrar el coraje que necesito para abrir la puerta otra vez?”, me preguntaba todo el tiempo.

Puse la mamadera en el suelo y me senté junto a la bañera, con el bebé en brazos. Estaba jadeando del cansancio. En algún lugar, a lo lejos, un perro ladró y podría jurar que oí que alguien gritó. Cerré los ojos y sacudí la cabeza, hasta que no pude más y me eché a llorar.

A través de las lágrimas, miré al bebé. Me daba pena. Nunca conocería a su madre. El hecho de que en algún lugar tenía un padre me vino a la mente, pero yo no podría encontrarlo. No, este bebé solo me tenía a mí y yo a él. Aun así, su presencia me daba fuerza. Me preguntaba qué habría hecho si hubiera estado sola.

Mierda. No tienes pelotas para actuar sola.

Tal vez no, pero la soledad puede cambiar a una persona más de lo

pensado. Puede romperte el alma, tu ser.

Con los ojos entrecerrados y una expresión como si sintiera mal olor, el bebé se estiró. Sus piernitas me patearon el estómago. Nunca había visto algo más lindo en la vida, y, contra todo pronóstico, le sonreí y lo acomodé contra mi pecho. Con suavidad, le di unos golpecitos en la espalda, y eso lo hizo eructar tres veces.

—Muy bien —susurré, secándome las lágrimas. Lo sostuve frente a mí, sosteniéndole la cabecita—. ¿Cómo te llamas, pequeñito?

A modo de respuesta, el bebé golpeó al aire con sus puñitos.

Me puse a pensar. El primer niño que nacía después de lo que se consideraba el fin del mundo, o al menos, el primero que yo conocía. ¿Cómo lo bautizaría? La respuesta me llegó de inmediato.

—¿Qué te parece Adán?

El niño abrió la boca y chocó sus palmas. Todavía no podía sonreír, pero esto se parecía mucho, en mi opinión.

—¿Sí? ¿Te parece bien?

El bebé abrió la boca, luego la volvió a cerrar. Sentí como una oleada de calor en mi cuerpo. —Muy bien.

Lo sostuve más cerca. Un segundo después, registré otra sensación de calor sobre mi piel, y ahí me di cuenta de que Adán se estaba haciendo pis. A toda prisa, lo aparté un poco, y la orina se desparramó por todo el piso, pero el daño ya estaba hecho. *Tenía que encontrar pañales, urgente.*

Los rayos de sol que caían sobre nosotros me indicaron que Adán estaba sucio, y yo también. Tenía la ropa pegada al cuerpo. Nunca me había sentido tan sucia. Con cuidado, me incorporé y abrí los dos cajones debajo del lavabo. Por suerte, encontré tres toallas. Ropa no; iba a tener que salir...

Sí, claro. ¡Ni loca!

Puse dos toallas en el lavabo, armando una especie de nido para el bebé y luego lo puse ahí. En cuanto sintió el algodón en contacto con la piel, cerró los ojos como en señal de aprobación. Le hice un guiño y la acaricé el cachete izquierdo con un dedo. Fui a la bañera y abrí la ducha. Me quité la ropa. No salía vapor, claro; no había electricidad, así que no tenía agua caliente. Algo me decía que era una locura darme una ducha en esas circunstancias, pero mi piel pegajosa y la ropa sucia me estaban volviendo loca. Me metí bajo el agua fría.

Un golpe. Abajo, algo había caído en el living. ¿O me lo estaba imaginando? Mi primera reacción fue cerrar la ducha y escuchar con

atención, pero no tenía las agallas. La única defensa que tenía era olvidarme de todos los sonidos. Me hacía sentir segura, a pesar de que la cortina de la ducha no cerraba del todo y yo miraba continuamente hacia la puerta.

El agua nunca me había parecido tan liberadora, a pesar de que estaba helada. Me quitó la transpiración y la sangre, y me puso alerta. Me ayudó también a revivir los recuerdos de los días pasados, lo cual, extrañamente, tuvo un efecto terapéutico. Claro que estaba asustada, pero también me dio fuerza. Sentí que mi cuerpo se llenaba de odio; odio por los que me habían hecho esto a mí y al mundo. Esa emoción era justamente lo que necesitaba para sobrevivir. Por el momento, tenía que bloquear todo lo demás. No había tiempo para llorar; eso lo haría luego. Si cedía ahora, me derrumbaría y no creía que fuera a recuperarme.

Mantuve a Adán lejos del agua fría, pero mojé la punta de una toalla y lo froté con eso, para limpiarlo. Pensé que se iba a echar a llorar, pero se quedó en silencio. Su cuerpecito se puso en posición fetal, y me derritió el corazón. Fue en ese momento que le hice una promesa: mientras estuviéramos juntos, yo haría lo posible para mantenerlo con vida. El pensamiento me aterró y me dio esperanza a la vez, sobre todo cada vez que miraba la puerta del baño, con la sensación de que la abrirían de un momento a otro.

Por mí o por alguien más.

Después de una media hora, estaba sentada al borde de la bañera, temblando y envuelta en una toalla. Me había dado cuenta de que había cometido un error fatal.

¿Y si el agua te envenenaba no solo por tomarla?

Quería golpearme. ¿Cómo no lo había pensado antes?

No te atormentes. A lo mejor no pasa nada. ¿Sentía algo distinto?

No, pero claro que eso no significaba nada.

Con los oídos en pie de guerra, no dejaba de mirar la puerta del baño, entrecerrando los ojos, como si pudiera ver a través de la madera y distinguir si venía alguien. No oía nada por el corredor, así que a lo mejor el ruido había sido producto de mi imaginación. El silencio invadía la habitación, como si hubiera un fantasma. Adán seguía en el lavabo, envuelto en las toallas. Estaba dormido y pateaba el aire con sus piernitas mientras soñaba.

En los minutos que siguieron, intenté unir las piezas del rompecabezas que estaba viviendo. Desde que me había despertado, desnuda, en esa habitación terrible. Algo me decía que todo estaba conectado, y que por eso estaba viva. Pero era ridículo.

Tenía un plan, o más bien un objetivo. Era algo simple: no tenía a nadie. Seguro que Steph todavía estaba vivo, pero no podía tener muchas esperanzas de que así fuera. La idea me dio coraje y una razón para no quedarme aquí. Tenía que seguir adelante, no solo para encontrar a Steph, sino para cuidar mejor a Adán. Un bebé necesita mucha comida, y tenía que encontrar más con urgencia.

Entonces, el primer paso sería abrir la puerta del baño.

Suspiré y cerré la mano en un puño antes de mirar a Adán. Me incorporé y me di coraje. Si realmente había alguien esperándome del otro lado de esa puerta, sería mejor que fuera rápido porque yo iba a dar batalla. Pero, yo no quería asomarme sin estar preparada, así que me puse a mirar en busca de algo que me sirviera como arma. Lo único que había era el palo que sostenía la cortina de la ducha. Lo quité y lo sostuve bien fuerte. Para calmar los latidos de mi corazón, respiré hondo. Por última vez, apoyé la oreja sobre la puerta.

Escuché.

Nada.

Está todo en tu mente, Anna. ¡No hay nadie ahí afuera!

Lo sabría pronto. Abrí la puerta un poquito y espíe hacia el corredor.

Nadie. Eso me dio coraje y un poquito de euforia. Abrí más la puerta y salí. El piso de madera crujió bajo mis pies. Conteniendo la respiración, miré a mi alrededor. No se veía a nadie, ni un alma.

Mis ojos se posaron en la puerta de la habitación cerrada que estaba al lado del baño. Fui hacia ella en puntas de pie y la abrí con sumo cuidado.

Lo único que había en la habitación era una cama doble con mesitas de luz a cada lado, una pintura sobre la pared y un armario en un rincón, en el que encontré algunas ropas limpias. Después, volví al baño, levanté a Adán, tomé la mamadera y fui hacia la escalera. Por un momento, me quedé arriba, mirando.

La puerta principal estaba delante de mí. Volví a concentrar los oídos para ver si había intrusos. Nada.

Como para calmarme, unos rayos de luz entraron por la ventanita que había sobre la puerta. Tomé conciencia de que el sol se pondría en unas horas, y de que volvería la oscuridad. Tendría que enfrentarla sola, con Adán. El pensamiento me paralizó. De algo estaba segura: no quería quedarme a esperar que oscureciera; tenía que salir.

Mirando a mi alrededor furtivamente, con Adán contra mi pecho y la barra de la cortina de baño, descendí por la escalera hasta llegar a la puerta de entrada.

No hay nadie aquí. Si hubiera alguien, ya me habrían matado. ¿Por qué iban a esperar?

Tenía razón, pero, aun así...

Abrí la puerta y salí. El viento me golpeó con fuerza, pero, aparte de eso, la calle estaba tranquila. Casi demasiado tranquila. Esta vez me obligué a mirar a los muertos y el desastre. Me di cuenta de que tenía que ser más fuerte si es que quería seguir con vida y proteger a Adán. No era fácil. Me mordí el labio y luché para no llorar cuando me di cuenta de que tenía que abandonar a todos esos cuerpos, incluidos los de mis padres y mi hermana. Quería poder enterrarlos como se lo merecían, pero sola era imposible. La calle parecía tranquila ahora, pero podrían llegar grupos armados de niños en cualquier momento. Tal vez ya no me perdonarían la vida, o peor, ¿Y si se llevaban a Adán? No, tenía que salir y buscar ayuda.

Una vez que encuentres gente que pueda ayudarte, podrás conseguir que alguien te ayude a cavar las tumbas. Eso esperaba.

La muerte, aquí, te revolvía el estómago. El olor, la presencia en todas partes. Era espantoso, como el diablo encarnado. Una criatura que se lo había llevado todo y me había despojado de todo. Me sentía agotada y vacía. Pero tenía que seguir adelante por Adán.

Vi un Jeep estacionado en la calle, rodeado por algunos cuerpos. El baúl estaba abierto y lleno de bolsos. No tenía tiempo de mirar el contenido ni necesitaba hacerlo; esas personas habían intentado huir, así que habían empacado cosas esenciales como ropa, comida, recuerdos. Podía haber algo útil en esos bolsos, algo que me ayudaría a sobrevivir hasta encontrar un lugar habitable en este mundo. Si es que había un lugar así.

¡Tenía que haber!

Lo que necesitaba urgente eran provisiones para el bebé. Pañales, toallitas, leche para bebés. Suspiré y volví a mirar la casa. Me estremecí; no quería volver a entrar ahí. ¿Y si había alguien, después de todo? ¿Alguien que me estaba esperando?

No tienes alternativa. Vamos. Con la frente en alto.

Con un gruñido, dejé la mamadera en el baúl y meforcé a volver a la casa. Por un segundo pensé en dejar a Adán en el auto. Si no lo cargaba, podría volver con más cosas, si es que encontraba más cosas. Pero pronto deseché la idea; no lo podía dejar solo.

Lo más rápido que pude, con la barra de la cortina todavía en la mano, corrí escaleras arriba hasta la habitación. Miré a mi alrededor y no encontré mucho: medio paquete de pañales, unos enteritos, medias y una chaqueta, pero tenían que servir. Podría haber sido peor; al menos, no me iría con las manos vacías.

Con el bebé y la barra de la cortina en una mano, puse los pañales y la ropa debajo del otro brazo y corrí abajo. También tomé el paquete de leche en polvo de la cocina y salí. Fui hasta el Jeep, puse las cosas para el bebé en el baúl, lo cerré y salté al asiento del conductor. Adán dormía en el asiento de al lado, junto a mi “arma”. Me faltaba la llave: tendría que salir a revisar al hombre muerto que yacía junto al auto, con la mano medio abierta.

—Lo siento —dije, y le quité las llaves de entre sus dedos rígidos. Rápidamente, me senté al volante.

Después de tanto tiempo de silencio, el rugido del motor pareció un bochínche infernal. Asustada, miré a mi alrededor, temerosa de que alguien me hubiera oído. Adán se despertó y empezó a gemir. La diferencia entre el silencio anterior y el ruido del presente era tan surrealista que me hizo perder

el poco coraje que había juntado.

Grité cuando vi algo que salió de una de las casas, corriendo hacia mí. El animal corrió en mi dirección tan rápido como se lo permitían sus tres patas.

—¿Luca? —pregunté, entre asombrada y aliviada.

Abrí la puerta y me puse de rodillas. El perro enterró su cabeza en mi estómago, me hizo perder el equilibrio y me caí. Luca ladró y me lamió la cara y las manos, mirándome.

—¿Cómo saliste del atillo?

A modo de respuesta, Luca ladró.

Tal vez alguien lo dejó salir, alguien que ahora te está observando.

Esa idea me hizo incorporar de inmediato y miré ansiosa a mi alrededor. No vi a nadie.

No quiere decir nada.

Eso era verdad, así que abrí la puerta trasera, levanté a Luca y lo puse en el asiento trasero. Él se acomodó de inmediato.

—No te preocupes, amigo. En cuanto estemos a salvo, te arreglaré esa pata.

Cerré la puerta y me volví a sentar al volante. Por última vez, miré la calle vacía. Por un segundo, mi mente me llevó a la vida que había vivido, como si hubiera sido un sueño o una realidad perdida. Pensar en el pasado, en cierto modo significaba estar allí, lo cual era bueno. Aun así, me di cuenta de que el pasado había quedado atrás. Todo había cambiado. Nada volvería a ser como antes, incluida mi familia.

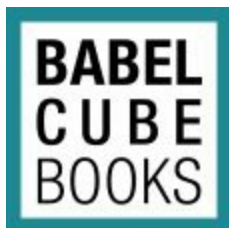
Con un nudo en la garganta y las rodillas temblando, apreté el acelerador y partimos. Por el espejo retrovisor vi unas figuras fantasmales y translúcidas observándome con dolor en los ojos. Eran los habitantes, ahora muertos, de esta calle, y mis padres y mi hermana estaban al frente del grupo. Sabía que no era real, que era mi mente que me estaba engañando. Pero seguía viendo gente como si fueran fantasmas. Tragué, me sequé las lágrimas y dije: —Lo siento.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

Table of Contents

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Edén - Primera parte](#)

[Prefacio](#)

[Primera parte | Castigo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10 | 2009](#)

[11](#)

[12 | 2017](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?](#)